

# LA CARTA DE NEWTON



**John Banville**

Lectulandia

Una pequeña obra maestra en la que cada una de sus imágenes provoca resonancias que siguen acompañando al lector mucho después de concluida su lectura. A través del anónimo historiador que protagoniza esta novela, nos acercamos a un fenómeno poco explorado hasta el momento: el colapso que impide al escritor o al científico concluir una obra.

**Lectulandia**

John Banville

# **La carta de Newton**

**Un intermedio**

**Trilogía de las Revoluciones - 3**

ePub r1.0

Skynet 28.03.2019

Título original: *The Newton Letter. An Interlude*

John Banville, 1982

Traducción: José Manuel Álvarez Flórez

Diseño de cubierta: Skynet

Editor digital: Skynet

ePub base r2.0

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

Para Vincent Lawrence

“ *Es como si hubiese sido solo un niño jugando en la orilla del mar que se divierte hallando de cuando en cuando una piedra más lisa o una concha más bella de lo habitual, mientras el gran océano de la verdad se extendía ante mí todo él sin descubrir.*

**Sir Isaac Newton**

**M**e fallan las palabras. Clío. ¿Cómo pudiste seguirme el rastro?, ¿dejé en la nieve manchas de sangre? No intentaré disculparme. Quiero simplemente explicar, más bien, para que los dos podamos entender. ¡Simplemente! Me gusta eso. No, no estoy malo, no he tenido una crisis. Podrías decir que estoy, podría decirlo yo, retirado de la vida. Temporalmente.

He abandonado mi libro. Pensarás que estoy loco. Siete años le entregué... ¡siete años! ¿Cómo puedo hacerte entender que ese proyecto es algo imposible para mí, cuando ni yo mismo lo entiendo? ¿Debo decir que he perdido la fe que tenía en la primacía del texto? Ahora no hacen más que interponerse en el camino personas reales, objetos, paisajes incluso. Todo se ramifica. Pienso por ejemplo en la primera vez que bajé a Ferns. Miré desde el tren hacia la tímida parte de atrás de las cosas, tubos de desagüe y ventanas rotas, huertos dispersos con sus líneas corales de ropa tendida, un hombre inclinado sobre una pala. En la bahía de Killiney había una vela blanca inclinada en ángulo hacia el mundo; cruzaba despacio el horizonte una nube blanca. ¿Qué tiene todo esto que ver en realidad? Sin embargo, estos fragmentos recordados me parecen llenos de sentido. Son al mismo tiempo únicos y vulgares, como pistas en el escenario de un delito. Pero aquel día todas las cosas eran inocentes aún como el propio cielo azul, así que, ¿qué prueban? Quizá solo eso: la inocencia de las cosas, su no complicidad en nuestros asuntos. De todos modos estoy convencido de que aquellos desagües y aquella nube me reclaman mucho más desesperadamente que yo a ellos. ¿Comprendes mi dificultad?

Podría haberte escrito en septiembre pasado, en vez de huir con una excusa pobre. Habrías comprendido, habrías mostrado simpatía al menos, estoy seguro. Pero Clío, Cliona querida, has sido demasiado tiempo mi maestra y mi amiga, mi inspiración, no podría mentirte. Lo que no significa que sepa la verdad y contártela. Estoy hecho un lío. Me siento ridículo y melodramático y cómicamente al descubierto. He trepado hasta lo alto del poste y no veo manera de bajar, y de los espectadores que hay abajo algunos sienten mucho embarazo y los demás están a punto de empezar a reírse.

**N**o debería haber bajado allí. Lo que me atrajo fue el nombre. ¡Fern House! Yo esperaba... Oh, esperaba toda clase de cosas. Resultó que era una mole sombría grande con hiedra y paredes descascarilladas y un montante de abanico roto encima de la puerta, uno de esos lugares en que te imaginas una hijastra loca encerrada en el desván. Había una avenida de sicómoros y luego la carretera que se precipitaba cuesta abajo hacia el pueblo. Podía verse a lo lejos el humo del pueblo, y más allá una astilla de mar. Supongo, ahora que pienso en ello, que aquello *era* en gran parte lo que yo esperaba. Para mirar, quiero decir.

Me recibieron en el jardín dos mujeres. Una era grande y rubia, la otra era una chica alta de brazos morenos, con una pabela de paja maltrecha. Habló la rubia: me habían visto acercarme. Señaló la cuesta. La supuse la mujer de la casa, la chica de la pabela quizá fuese su hermana. Me las imaginé, silenciosas y atentas, viéndome subir laboriosamente hacia ellas, y me sentí halagado, no sé muy bien por qué. Luego la chica se quitó el sombrero y no era una chica, era una mujer de mediana edad. Había adivinado lo que eran casi exactamente, solo que al revés. Aquella era Charlotte Lawless, y la chica rubia grande era su sobrina Otilie.

La casa del guarda, como la llamaban ellas, se alzaba a un lado de la carretera al final del camino. Había habido allí un muro en otros tiempos y una entrada con columnas altas, pero todo eso había desaparecido ya hacía mucho, lo mismo que otras glorias. La puerta rechinaba. Un dormitorio, una salita, una cocinita miserable, un cuarto de baño aún más pequeño. Otilie me seguía cordial de cuarto en cuarto, las manos embutidas en los bolsillos de atrás de los pantalones. La señora Lawless esperó en la entrada. Abrí el armario de la cocina: tazones fisurados y cagadas de ratón. Había un tren hacia la ciudad de allí a una hora, lo cogería si me daba prisa. La señora Lawless alzó con un dedo el borde de la pabela y contempló los sicómoros. La única persona que no se sentía cohibida de los tres era la rubia Otilie. Al pasar junto a Charlotte en la entrada capté su aroma a leche... y cuando quise darme cuenta le había ofrecido ya un mes de alquiler por adelantado.

¿Qué fue lo que se apoderó de mí? Ferns no era en absoluto el Woolsthorpe de mis vagos sueños, donde, aislado de la pestilencia de la vida universitaria, daría los últimos toques a mis propios *Principia*. En el campo el tiempo es diferente. A veces pensaba que iba a entrarme pánico, inmovilizado allí en medio de tardes interminables. Luego estaba el ruido, una constante algarabía, terneros que mugían, tractores gruñendo, los perros ladrando toda la noche. Había cosas que caminaban por el techo, que corrían por debajo del suelo. Había un nido de mirlos fuera, en los lilos, junto a la ventana de la salita donde intentaba trabajar. Todo el arbusto se estremecía con sus altercados. Y una noche vino un rebaño de algo, vacas, caballos, no sé, y daban vueltas y vueltas por el prado, jadeando, empujándose, como una multitud que se agrupa para atacar.

Pero el tiempo fue espléndido aquel final de mayo, soleado y sereno, teñido de tristeza. Perdí días enteros recorriendo el campo. Había llevado manuales de árboles y pájaros, pero no era capaz de utilizarlos. Las ilustraciones no se ajustaban a los especímenes reales que veía. Todos los pájaros parecían estorninos. Me desanimé enseguida. Quizás eso explique la sensación de intruso que tenía. Me sentía desligado de todas aquellas escenas iluminadas por la luz del sol, como si yo fuese solo una idea, una ilustración estilizada y levemente errónea de algo que solo era real en otro sitio. Hasta las páginas de mi manuscrito parecían algo desligado de mí cuando me sentaba y me ponía a repasarlas preocupado, como si las hubiese escrito no alguien distinto, sino otra versión de mí mismo.

¿Te acuerdas de aquella carta loca que Newton le escribió a John Locke en septiembre de 1693 acusando al filósofo, así, sin más, de inmoral, de hobbista y de haber intentado enredarle con mujeres? Me imagino al bueno de Locke paseando por el gran jardín de Oates, enarcando las cejas más y más mientras iba leyendo estupefacto las acusaciones demenciales. No sé si él sentiría la punzada especial que yo siento cuando leo la firma: *Vuestro muy humilde y desdichado servidor, Is. Newton*. Creo que expresa mejor que todo lo anterior el dolor y el desconcierto del angustiado Newton. Lo comparo con la fórmula que utilizó unas semanas después, exactamente con el mismo apellido escueto, en otra carta, totalmente distinta. ¿Qué sucedió en ese intermedio, qué supo de pronto?

Hemos especulado muchísimo, tú y yo, sobre su crisis nerviosa de finales de aquel verano del 93. Tenía cincuenta años, había dejado ya atrás su obra mayor, los *Principia* y las leyes de la gravedad, los descubrimientos de óptica. Estaba consagrado al estudio interpretativo de la Biblia, y a esa obra más

obscura sobre alquimia que tan embarazosa les resulta a sus biógrafos (véase Popov *et al.*). Era ya un gran hombre, su fama estaba asegurada, le honraba toda Europa. Pero su vida como científico ya se había acabado. Se había iniciado ya el proceso de lapidificación: el mundo le estaba convirtiendo en un monumento a sí mismo. Era frío, arrogante, solitario. Seguía siendo obsesivamente envidioso: su odio a Hooke persistiría, se intensificó en realidad, después incluso de la muerte de su antiguo adversario. Era...

Ves, ya estoy escribiendo historia; cuesta eliminar los viejos hábitos. Solo quería decir que el libro estaba prácticamente hecho, solo tenía que atar algunos cabos sueltos y redactar la conclusión... pero en esas primeras semanas en Ferns algo empezó a torcerse. Era solo, de momento, lo que los médicos llaman un ligero malestar general. Me concentraba, con fascinación mórbida, en el capítulo que había dedicado a su crisis y en aquellas dos cartas a Locke. ¿Era aquello un bulto que sentía allí, un bultito duro, indoloro...?

Estos miedos te parecen en general ridículos, claro. Había incluso momentos en que la perspectiva de terminar el libro se fundía de algún modo con mi nuevo entorno en un gran plan. Recuerdo un día que estaba, muy apropiadamente, en la huerta. Brillaba el sol, los árboles estaban floridos. Sería un libro espléndido, limpio y fresco como aquella escena luminosa que veía ante mí. Los académicos se quedarían estupefactos, tú te sentirías orgullosa de mí y Cambridge me ofrecería un gran puesto. Tenía una sensación extraordinaria de pureza, de inocencia tierna. Así debía de estar el propio Newton una mañana espléndida en el huerto de su madre en Woolsthorpe, cuando le cayeron en la cabeza las manzanas maduras. Me giré al oír un violento golpeteo de ramitas. Edward Lawless brotó de costado por una abertura del seto, meneando la pierna de atrás para liberar un dobladillo del pantalón que se le había enganchado. Tenía una hoja en el pelo.

Le había visto por allí, de lejos, pero era la primera vez que nos encontrábamos. Tenía una cara ancha y pálida, unos ojos azules muy juntos, inquietos. No era un hombre grande, pero daba una impresión de, cómo te diría, de volumen. Tenía el cuello corto y ancho y unos hombros anchos que se balanceaban al caminar, como si tuviese que vérselas continuamente con grandes y blandos obstáculos en el aire. Allí de pie a su lado le oía respirar, como el que espera entre una pesada carrera y la siguiente. Pero, pese a su tosca masa, había en sus ojos un brillo preocupado, de pesadumbre leve, como esa mirada que ves en esas fotos de nácar y tinta de poetas románticos predestinados a la fatalidad. El cabello, muy rubio, bellamente canoso en las sienes, era un yelmo bruñido; sentí muchas ganas de extender la mano y

retirar la hoja de laurel que había enredada en él. Estábamos los dos allí, en la hierba empapada, mirando al cielo e intentado dar con algo que decir. Él elogió el tiempo. Tintineó monedas en el bolso. Tosió. Se oyó un grito a lo lejos, y luego de más lejos aún llegó una respuesta. «Ajá —dijo Edward con alivio—, ¡los hombres de las ratas!». Y desapareció otra vez por el hueco del seto. Un instante después apareció de nuevo su cabeza, balanceándose por encima del herboso talud que rodeaba el huerto. Siempre pienso en él así, acechando detrás de los setos, o cruzando tranquilamente un campo lejano, triste y algo enfadado, como un hombre con resaca que intenta recordar los crímenes de la noche anterior.

Volví caminando por el sendero bajo los manzanos y salí al césped, un prado segado en realidad. Por un lado de la casa aparecieron dos personas con botas altas de goma y abrigos largos y negros sin botones. Una de ellas llevaba al hombro una brocha de mango largo, la otra llevaba un cubo rojo. Me detuve y las vi pasar ante mí bajo aquel sol primaveral, y me asaltó de pronto una imagen de catástrofe, cosas golpeadas corriendo en círculo, las pieles rajadas, las convulsiones, los ojos agónicos mirando hacia el cielo vacío o más allá de él, al infinito. Volví a toda prisa a la casa del guarda, a mi trabajo. Pero la sensación de armonía y de finalidad que había tenido en el huerto había desaparecido. Vi moverse algo fuera, en la hierba. Pensé que eran los mirlos que andaban forrajeando, pues las lilas estaban silenciosas. Pero era una rata.

En realidad, no era una rata. En realidad en todo el tiempo que estuve en Ferns nunca vi ni señal de una rata. Era solo la idea.

El cartero del campus, un lapón asmático, acaba de traerme una carta de Otilie. Ahora sí que estoy descubierto. Dice que consiguió la dirección de ti. Clío, Clío... Pero me alegro, no voy a negarlo. Adivino, no tanto en lo que dice como en la propia letra liliputiense, de borde a borde de las delgadas hojas azules, algo de su ser real, su torpeza y su ímpetu, su inocencia inviolable. ¡Quiere que le preste el dinero del viaje para venir a visitarme!

Nos imagino, tambaleantes en plena ventisca, vociferando y gimiendo, abrazados dentro de nuestras pieles como osos polares heridos de amor.

Ella bajó a la caseta del guarda al día siguiente de instalarme yo allí, con un cuenco lleno de huevos marrones. Llevaba pantalones de pana y un jersey muy suelto, de manufactura casera. Llevaba el pelo rubio recogido atrás con una goma. Las cejas pálidas y los ojos azul claro le daban un aspecto restregado. Se quedó allí con las manos embutidas en los bolsillos delante de

mí y me sonrió. Tenía esa luminosidad intrépida que tienen todas las chicas grandes y torpes.

—Son grandes —dije.

Los examinamos un momento en un silencio pensativo.

—Las cría Charlotte —dijo—. Las gallinas, quiero decir.

Yo volví a la caja de libros que estaba desempaquetando. Ella titubeó, miró a su alrededor. La mesita cuadrada que estaba junto a la ventana estaba llena de papeles míos. ¿Estaba escribiendo un libro o qué?... como si semejante cosa fuese difícilmente defendible. Le conté.

—Newton —dijo, arrugando el ceño—. ¿Al que le cayó la manzana en la cabeza y descubrió la gravedad?

Se sentó.

Tenía veinticuatro años. Era hija de un hermano de Charlotte Lawless. Cuando tenía diez años, una noche de helada, con su esposa al lado, había empotrado el coche contra un muro («aquel muro, ves, aquel de allá abajo») y la había dejado huérfana. Quería ir a la universidad. ¿A estudiar qué? Se encogió de hombros. Solo quería ir a la universidad. Su voz resultaba incongruente con aquel cuerpo tan grande, era leve y vibrante, como un oboe, una voz de cantante, y me la imaginé, aquella chica grande y desgarbada, con un traje ridículo, plantada ante las gradas nórdicas de una orquesta, las manitas gordas cogidas, soltando un huracán de canto desconsolado.

¿Dónde vivía yo en Dublín? ¿Tenía un piso? ¿Cómo era? «¿Por qué viniste a este pueblucho?». Se lo expliqué, para acabar mi libro, y entonces miró con interés los papeles que se abarquillaban levemente bajo la luz del sol sobre la mesa. En ese momento noté un movimiento leve en los sicómoros, se movían bajo la luz clara casi furtivamente, como bailarines que practicasen pasos de baile mentalmente, y algo pirueteó unos instantes también dentro de mí y sí, le dije, sí, para acabar mi libro. Cayó una sombra sobre la entrada. Había allí un niño de pelo de estopa, las manos a la espalda, observándonos. Su mirada antigua, aquellos ojos claros de angelote, era desazonante. Otilie suspiró, y se levantó bruscamente, y sin dirigirme otra mirada más cogió al niño de la mano y se fue.

**Y**o había nacido allá abajo, en el sur, tú ya lo sabes. Los mejores recuerdos que tengo del lugar son de cuando me marchaba de allí. Pienso en los viajes de Navidad a Dublín cuando era niño, que subía al tren cuando aún era de noche y veía por el cristal de la ventanilla empañado por el vaho de mi aliento el paisaje cubierto de escarcha que iba ensamblándose a medida que iba amaneciendo. Cuajaba el día siempre en un lugar concreto, aún puedo verlo. Ese lugar era la curva de un río, donde el tren aminoraba la marcha para cruzar un puente metálico rojo. Al otro lado del río se extendía un campo llano hasta el borde de una colina boscosa, y al pie de la colina había una casa, no muy grande, solitaria y cuadrada, de tejado empinado. Yo contemplaba aquella casa silenciosa y me preguntaba, anhelante de curiosidad, qué vidas vivirían allí. ¿Quién atizaba aquel fuego, quién colgaba aquella guirnalda de acero, quién dejaba aquellos rastros en la escarcha por la ladera? No puedo expresar el extraño placer dolorido de aquel momento. Sabía, claro, que aquellas vidas ocultas no podían ser muy diferentes de la mía. Pero ese era el asunto. No era lo exótico lo que yo buscaba, sino lo *ordinario*, ese enigma que es el más extraño y esquivo de todos.

Ahora tenía otra casa que contemplar, y sobre la que plantearme interrogantes, con algo de la misma remota lascivia. La casa del guarda era igual que una garita de centinela. Se alzaba a, cuánto, a unos cien, doscientos metros de la casa; sin embargo no podía mirar por la ventana sin percibir alguna actividad allí. La acústica del lugar permitía además una familiaridad alarmante. Podía oír con toda claridad los numerosos cataclismos del lavabo del piso de arriba, y mi jornada se iniciaba con los pitidos de las noticias de la mañana en la radio de la cocina de Charlotte Lawless. Luego veía ya a la propia Charlotte, con botas de goma y una rebeca vieja, llevando un cubo con comida al gallinero. Luego aparecía Otilie, en una especie de trance somnoliento, con el niño de la mano. El niño se iba a la escuela. Lleva la cartera como un jorobado la joroba. El último es Edward, yo estoy ya trabajando antes de que pueda verle dedicado a su misteriosa tarea. Todo tiene el aire de una pantomima pastoril, con la mujer del pastor, el pastor, Cupido y

la doncella, y, garrapateando dentro de una cueva de cristal, yo mismo, un ojeroso Damon.

Los tomé por patricios desde el principio. La mansión, los trajes de *tweed* de Edward, aquella gracia esbelta y grácil de Charlotte que las vulgarísimas ropas no podían ocultar, y hasta la torpeza de Otilie, parecía todo ello el sello inconfundible de su clase. Protestantes, claro, terratenientes, la tierra perdida a manos de los especuladores y de la expropiación, la fortuna de la familia gastada en derechos reales, impuestos, inflación. Pero ¡con qué bravura, qué maravillosamente soportaban sus pérdidas! Observándolos, entendía que una crianza como la suya es una preparación no para la condición aristocrática en sí, sino para ese día lejano, que para los Lawless ya había llegado, en que han desaparecido los atavíos de la gloria y solo el estilo pervive. Todo absurdo, claro, pero a mí, que vengo de un medio católico posrural, me parecían criaturas perfectas. Oh, no me acuses de pretenciosidad. Esto era otra cosa distinta, una fascinación ante el espectáculo del refinamiento puro. Despojados de las pesadas cargas de la riqueza y el poder, tenían libertad para ser puramente lo que eran. Lo irónico era que la forma de vida que adoptaba su refinamiento me era absolutamente familiar: botas de goma, gallineros, jerseys abolsados. Era familiar, pero estaba, ay, transfigurado. La finura de tono y de modales a la que yo podía aspirar, ellos la alcanzaban por instinto, sin darse ni cuenta. Aquella vulgaridad era inimitable.

Los domingos por la mañana había función de gala en Ferns. A las diez menos veinte repicaban las campanas en el pueblo, salía del garaje un coche grande y anticuado. Iban a la iglesia. Volvían al cabo de una hora, todos salvo Edward, con Charlotte al volante. Llegaban a mí diminutos vestigios de música de la radio de la cocina. Charlotte da los últimos toques a la comida... no, está preparando un almuerzo ligero. Lo suyo no son, claro, las comidas de mediodía de mi infancia, el asado potente, los jugosos guisantes harinosos, el bloque de helado derritiéndose encaramado en la fresquera del alféizar del cuarto de baño. Edward sube lentamente la cuesta, las manos en los bolsillos, balanceando los hombros. Cuando llega delante de la casa se para, mira el montante roto y luego entra, se cierra la puerta, el tren sigue, cruza el puente.

Mis ilusiones respecto a ellos empezaron pronto, si no a desmoronarse, sí a modificarse. Un día fui más allá de la huerta y entré en las tierras de la parte de atrás de la casa. Vi a mi alrededor los vagos perfiles de lo que debía haber sido en tiempos un jardín ornamental. Había un estanque, el agua de un verde maligno, agobiado por la tristeza de unos sauces. Fui caminando entre montículos de hierba que me llegaba a la rodilla, sintiéndome observado.

Hacía calor, soplaba una brisa muy caliente. Todo se cimbreaba. Pasó junto a mi oído torpemente una abeja inmensa y vacilante. Cuando miré hacia atrás, lo único que se divisaba de la casa era un caño de chimenea aislado contra el cielo. Me encontré de pronto plantado en las ruinas de una pista de tenis. Me deslumbró un reflejo de luz. A un lado del extremo del fondo de la pista había un invernadero largo y bajo. Fui bajando por el terraplén, como debían haber hecho sin duda otros en otros tiempos, riendo, detrás de una pelota blanca que rodaba inexorablemente hacia el futuro. La puerta del invernadero hizo un leve ruido aspirante al abrirla. Recibí el calor como un bofetón blando en la cara. Había hileras e hileras de tiestos de barro sobre mesas de caballete al largo de todo el local, eran como un ejercicio de perspectiva, y convergían en el extremo final sobre la figura de Charlotte Lawless, que estaba de pie y me daba la espalda. Llevaba sandalias y una falda verde ancha, una camisa blanca, la pamelita maltrecha. Hablé y se volvió, sorprendida. La colgaban del cuello unas gafas sujetas a un cordón. Tenía los dedos manchados de barro. Se pasó el dorso de una muñeca por la frente. Me di cuenta de las pequeñas arrugas que tenía en torno a los ojos, del leve vello del labio superior.

Dije que no sabía que hubiese allí un invernadero, que estaba impresionado, que debía de ser una apasionada de la jardinería. Balbucía, decía bobadas. Me miró fijamente. «Es así como nos ganamos la vida», dijo. Me disculpé, sin saber bien por qué, y luego me reí, y me sentí un imbécil. Hay gente con la que te sientes obligado a explicarte. «Me perdí —dije—, en el jardín, aunque parezca increíble, y luego te vi, y...». Ella seguía mirándome, pendiente de mis palabras; me pregunté si no sería dura de oído. Tal posibilidad resultaba extrañamente conmovedora. ¿O sería que en realidad no me estaba escuchando? Su cara no reflejaba más impresión que la de algo contenido. Me hizo pensar en alguien puesto de puntitas detrás de una barrera de cristal, todas sus partes, ojos, labios, los guantes que apretaban la mano, se esforzaban por alumbrar la radiante sonrisa que aguarda que llegue el amado. Era toda expectativa. En el banco en el que había estado trabajando había unas tijeras de podar y una planta cortada con flores moradas.

Paseamos entre las mesas, vadeando un charco de aire muerto y estancado, y me explicó su trabajo, fue diciéndome los nombres de las plantas, las especies y los híbridos, con voz neutra. Eran predominantemente material comercial, plantones de árboles, bulbos de flores, verduras, pero había también cosas exóticas, de tallos pálidos y extraños y flores violentas y frutos barbudos que colgaban entre hojas satinadas y quietas. Había iniciado el negocio su padre, y ella se había hecho cargo de él al morir su hermano.

«Aún funcionamos como Semillero Grainger». Asentí torpemente. El calor, el silencio sombrío, el contraste entre la quietud que había allí y la ventolera tumultuosa que presionaba contra el cristal en torno nuestro, me producía una especie de recelo nervioso, como si me estuviesen conduciendo, con firmeza, pero con delicadeza infinita, al peligro. Se amontonaban a mi alrededor colores ordenados, carmesí, morados y, por todas partes, verdes y más verdes, glabros y gomosos y un tanto feroces. «En Holanda —dijo— en el siglo XVII, un semillero podía vender una nueva raza de tulipán por veinte mil libras». Tenía el tono sordo de algo leído en un libro de récords. Me miraba, las manos enlazadas, aguardando mi comentario. Sonreí y moví la cabeza, intentando aparentar asombro. Llegamos a la puerta. La brisa estival parecía un huracán después del silencio de allí dentro. Se me pegaba la camisa a la espalda. Me estremecí. Bajamos caminando un rato por un sendero bajo un arco de rododendros. Las enredadas ramas artríticas dejaban pasar una luz mínima, y había un olor a podredumbre y moho que recordaba el aroma penetrante de la carne húmeda. Luego, de pronto, inesperadamente, estábamos en la parte de atrás de la casa. Me sentí desorientado; el jardín me había hecho completar un círculo sin que me diese cuenta. Charlotte murmuró algo y se alejó. Me detuve en el camino bajo los sicómoros y miré atrás. La casa se mantenía impasible, salvo donde una cortina en una ventana abierta del piso de arriba se agitaba frenética azotada por el viento. ¿Qué esperaba? ¿Una revelación? ¿Un rostro observándome a través de un cristal que reflejase el cielo, una voz que dijese mi nombre? No había nada... pero algo había pasado, de todos modos.

El niño se llamaba Michael. No me parecía que encajara entre los Lawless. Aunque solía andar al acecho, como Edward. Me tropezaba con él en los senderos de los alrededores, le veía buscando en el seto y hablando entre dientes, o simplemente allí plantado, las manos a la espalda como escondiendo algo, esperando que pasara yo. Una tarde de sol que estaba sentado con un libro debajo de un árbol del huerto alcé la vista y le vi encaramado entre las ramas, observándome. Otro día, hacia el oscurecer, le vi en la carretera, mirando atentamente algo que había bajo la cresta del cerro donde estaba. No me había oído acercarme y me detuve, preguntándome qué sería lo que merecía una atención tan extasiada. Luego lo oí con una punzada, elevándose en la quietud del crepúsculo, la música metálica de un circo abajo en el pueblo.

Un día, al atardecer, Edward paró en la caseta del guarda cuando subía del pueblo. Tenía el aspecto crudo de un hombre a quien acaban de sacar de la cama y meter bajo un grifo de agua fría, los ojos con un halo rojizo, el pelo lacio. Tarareó y tosió, arrastrando los pies por la grava del borde del camino y luego dijo bruscamente: «Ven a comer algo». Creo que fue la primera vez que entré en la casa. Estaba oscura y olía un poco a moho. Había un palo de *hurley* en el paragüero, y un florero con narcisos mustios en la mesa del recibidor. En un gabinete, un reloj taladraba el silencio y soltaba un solo campanilleo vacilante. Edward se detuvo a consultar un reloj de bolsillo, serio y concentrado. Su rostro tenía el brillo grisáceo de la masilla en la penumbra rancia. Eructó levemente.

La cena estaba servida en la gran cocina encalada de la parte de atrás de la casa. Yo esperaba un comedor sombrío, servilletas de lino con una inicial desvaída, unos cuantos cubiertos de plata viejos negligentemente colocados. Y no era casi cena, era más bien una merienda, con fiambres variados, lechuga mustia y una botella de salsa de ensalada del color de las gachas. El mantel era de plástico. Charlotte y Otilie estaban ya a mitad de la comida. Charlotte miró en silencio un instante hacia mi diafragma e inmediatamente me di cuenta de que no debería haber ido. Otilie me hizo un sitio. La ventana enrejada daba a una huerta, a un campo y una neblina azul de bosques lejanos. La luz del sol que atravesaba las hojas de un castaño del corral era un movimiento y un aleteo constantes en el rabillo del ojo. Edward empezó a contar una historia que había oído en el pueblo, pero se empantanó y se quedó mirando lúgubrementemente al plato, respirando. Alguien tosió. Otilie frunció los labios y empezó a silbar quedamente. Charlotte se volvió hacia mí con un brusco movimiento nervioso y dijo alzando la voz:

—¿Crees que abandonaremos la neutralidad?

—¿Abandonar...? —El tema estaba en los periódicos—. Bueno, no sé, yo...

—Sí, dinos, venga —dijo Edward, espabilándose bruscamente y enfilando hacia mí su cabezota de toro—, dinos lo que piensas, me interesa mucho, nos interesa mucho a todos, ¿verdad que nos interesa mucho a todos?

Un hombre como tú tendría que saber todo lo que hay que saber de esas cosas.

—Yo creo que seríamos muy...

—Aquí, claro, no tenemos ni idea. ¡Somos unos paletos! —sonrió, resopló suavemente, tanteando el terreno.

—¿Y esa central que quieren instalarnos allá abajo en Carnsore, qué? Una bomba condenada que nos puede hacer estallar a todos, un payaso con resaca se equivoca de botón, y no necesitamos a los rusos. ¿Qué?

Miraba a Charlotte. Ella no había hablado.

—Bueno, qué tiene de malo ser normal —continuó Edward—, como cualquier otro país, tener un ejército y defenderlo... a ver, qué tiene eso de malo.

Nos miró enfurruñado, un bebé grande resentido.

—¿Y Suiza, qué? —dijo Otilie.

Se echó a reír.

—¿Suiza? ¿Suiza? Ja. Lecheros y fábricas de chocolate y, quién fue el tipo que lo dijo, relojes de cuco —volvió los ojos con el halo rojizo hacia mí una vez más y dijo sombrío—: Hay ya demasiados neutrales, qué coño.

Charlotte suspiró y levantó por fin la vista del plato.

—Edward —dijo, sin un tono especial.

Él no apartó los ojos de mí, pero se le apagó el brillo de la cara, y durante un instante casi me dio pena de él.

—No es que me importe un carajo, en realidad —masculló y alzó la cuchara mansamente. Se acabaron así los temas de actualidad.

Me maldije por estar allí, y sin embargo me sentía intrigado. Se había alzado brevemente una trampilla y había visto formas agitadas y confusas y de pronto la trampilla se cerraba otra vez. Observé a Edward de reajo. El muy imbécil. Me había llevado allí como coartada porque había bebido, o para eludir recriminaciones. Comprendí ya, claro, todo el asunto: él era un derrochador, Charlotte era quien mantenía aquello en marcha, todo había sido un error, incluido el niño. Todo cuadraba, la mirada triste y los ojos vidriosos, el acecho, los silencios, la tensión, aquella impresión que había tenido desde el principio de estar entre gente que no me miraba a mí, que estaba atenta a algo que yo no podía ver. Se explicaba incluso la sensación que daba el niño de autonomía hosca. Contemplé la cabeza delicada de Charlotte, su cuello esbelto, la mano apoyada sobre el plato. Las sombras de las hojas se agitaron sobre la mesa como un tremolar de lágrimas. ¿Cómo podía indicarle que lo entendía todo? Entró el niño, envuelto en una toalla de baño blanca. Tenía el pelo mojado, aplastado sombríamente sobre el cráneo. Retrocedió al verme, luego volvió a avanzar, ceñudo, como un César en miniatura de bucles rizados y toga. Charlotte extendió la mano y fue hacia ella. Otilie le hizo un guiño. Edward esbozó una sonrisa torcida, como si hubiese apuntado con ella al centro de su rostro, no hubiese acertado del todo y le hubiese quedado

desviada. Michael balbuceó las buenas noches, y se fue, cerrando la puerta, cogiendo el picaporte a dos manos. Me volví ávidamente hacia Charlotte.

—Tu hijo —dije, con una voz que tembló claramente—, tu hijo es muy...

Luego, al oír, me imagino, el repiqueteo de un timbre de alarma, perdí el hilo. Hubo un silencio. Charlotte se ruborizó. Me sentí de pronto deprimido y... quisquilloso, esa es la palabra. ¿Qué sabía yo, qué derecho tenía a juzgarles? No debería haber ido allí de ninguna manera. Comí una hoja de lechuga, a mi espalda aquella gran frondosidad arraigada, ante mí el enigma insistente de otras personas. Me mantendría apartado de su camino, no saldría de la caseta del guarda... volvería incluso a Dublín. Pero sabía que no lo haría. Parecía haber allí una lección importante para mí.

Otilie salió conmigo hasta la puerta. No decía nada, pero sonreía, divertida y como disculpándose a la vez. Y entonces, no sé por qué, se me ocurrió la idea. Michael no era hijo del matrimonio: era, claro, hijo de ella.

**G**racias por el último Popov, llegó hoy. Eres muy hábil, Cliona... pero ni una biblioteca de Popovs me empujaría a publicar. Le conocí una vez, un hombrecillo horrible de ojos de comadreja con un traje grisáceo. Me recordó a un embalsamador. Lo que, bien pensado, es muy propio. Me gusta su renuncia: *Ante el fenómeno de Isaac Newton, el historiador, como Freud cuando se puso a estudiar a Leonardo, solo puede sacudir la cabeza y retirarse con la máxima discreción posible.* Luego vienen ya la jeringuilla y la formalina. Eso estaba haciendo yo también, embalsamando el gran cadáver del buen Newton, solo que yo sí tuve la decencia de largarme antes de que quedase fijada del todo la sonrisa de la calavera.

*Newton fue el genio más grande que ha producido la ciencia.* Bueno, ¿quién podría negarlo? Tenía solo veintitantos años cuando desentrañó la clave del mecanismo del mundo. Inventó él solo la ciencia: antes de él todo había sido hechicería y sueños sudorosos y disparates ingeniosos. Se puede decir, como dijo el propio Newton, que vio hasta tan lejos porque tenía hombros de gigantes a los que subirse; pero podrías decir también que sin su padre y su madre no habría nacido, lo que es cierto, sin duda, pero ¿qué significa? De todos modos, cuando definió las leyes de la gravedad barrió todo ese mundo de gigantes y otros duendes. Oh sí, tú puedes ver, seguro, el esquema de lo que habría sido mi libro, una fiesta de la acción, del científico como héroe, una aceptación jubilosa de las temibles revelaciones de Pandora, el destierro del medievalismo insulso y la edad de la razón restaurada. ¿Pero podrías creer que todo esto, esta idea popoviana de Newton-como-el-mayor-científico-que-el-mundo-ha-conocido, me produce ahora cierta repugnancia? No es que crea que sea falso en algún sentido, que no sea real. Es solo que hay otro tipo de verdad que ha llegado a parecerme más urgente, aunque no sea nada para la inteligencia comparado con las elevadas verdades de la ciencia.

Yo creo que el propio Newton vio algo de eso en aquel extraño verano de 1693. Ya conoces la historia, que su perrito Diamond tiró una vela en sus habitaciones de Cambridge una mañana temprano y provocó un incendio que destruyó parte de su manuscrito y que la pérdida le trastornó el juicio. Todo

mentira, claro, hasta el perro es una invención, pero no puedo evitar imaginármelo, una personalidad pública de cincuenta años, estupefacto en medio del humo y las cenizas flotantes, con el perro chamuscado en brazos. Lo más cómico es que no fue la pérdida de aquellos valiosos escritos lo que le trastornó temporalmente, sino el simple hecho de que *importaba*. Podía haber desaparecido así la obra de su vida, los propios *Principia*, la *Optica*, toda la maldita colección completa y, a pesar de todo, no hubiese importado nada. Se le escapan las lágrimas, el perro se las lame en la barbilla. Llega un colega corriendo, los faldones de la camisa fuera. Sacan el gran hombre al pasillo, pálido por la impresión y renqueando como un cojo con pata de palo. Alguien apaga el fuego. Otro pregunta qué se ha perdido. Newton abre la boca y una palabra cae de ella como una piedra: *Nada*. Percibe detalles, la luz de primera hora del día que entra por la ventana, un pie descalzo de su salvador de uñas amarillentas, el negro aterciopelado del papel quemado. Sonríe. Sus colegas se miran.

No habría hecho falta la llama de una vela, era ya cenizas. ¿Por qué si no se tendría que haber puesto a descifrar el Génesis y a practicar la alquimia? ¿Por qué si no insistiría una y otra vez en que la ciencia le había costado demasiado cara, en que, si le dejasen vivir otra vez no habría tenido ninguna relación con la física? No era modestia, de eso nadie podía acusarle. El fuego, o lo que fuese la verdadera conflagración, le había enseñado una cosa terrible y bella, como la propia llama. *Nada*. La palabra reverbera. Medita sobre ella como sobre un emblema mágico cuya otra cara no pudiera verse y estuviese allí, sin embargo, imperiosamente. Porque la nada significa de modo automático el todo. No sabe qué hacer, qué pensar. No sabe ya cómo vivir.

No hubo ninguna revelación terrible que pueda explicar *mi* crisis de fe; no hubo siquiera algo que pudiera considerarse crisis, en realidad. Era solo que ya no trabajaba. Pasó el mes de junio sin que escribiera ni una sola línea. Pero no estaba preocupado... todo lo contrario. Era como reponerse de una enfermedad obstinada. No te das cuenta de cómo se va calmando poco a poco la sangre, despejando el cerebro, cómo van fortaleciéndose los miembros, solo tienes conciencia de esperar tranquilo, confiado, que la vida empiece de nuevo. No me creerás, lo sé: ¿Cómo podría tirar siete años de trabajo, simplemente así? Newton era mi vida, no esa gente pálida e insulsa en su casa destartalada del corazón hueco del país. Pero yo no lo veía como esta alternativa rígida: las cosas solo adquieren una forma simple y definida cuando las vemos retrospectivamente. Entonces yo solo tenía una sensación

de desviación lateral. Mis papeles reposaban intactos en la mesa junto a la ventana, amarilleando al sol; cuando mi vista tropezaba con ellos sentía desasosiego y cierta irritación; mi atención real estaba en otra parte, en suspenso, lista para entregarse con un grito alegre a lo que viniera después.

Cuando llegó fue inesperado.

Piénsalo: un día de junio, pájaros, vientos, nubes volanderas, el olor de la lluvia acercándose. Mediodía. En la cocina el fogón acucillado en una murria cálida después de sus trabajos y el aire denso del humo de grasa quemada. Lllaman a la puerta. Abro, maldiciendo entre dientes. Otilie está allí fuera con el niño inconsciente en sus brazos.

Se había caído de un árbol. Sangraba por una herida que tenía en la frente. Lo cogí. Pesaba más de lo que suponía y estaba flácido como la muerte, tuve la impresión de que podía escurrírseme entre los dedos y formar en el suelo un pálido charco. Sentí miedo, y una leve repugnancia extraña. Le puse en el viejo sofá de tela de crin; tosió y abrió los ojos. Al principio solo se veía lo blanco, luego se deslizaron hacia abajo las pupilas, como algo atroz que bajase en ascensor. Tenía la cara como mármol translúcido, con sombras violeta bajo los ojos. Le estaba saliendo en la frente un cardenal enorme; la sangre se había espesado como si fuese mermelada. Se incorporó despacio. Otilie se acucilló ante él y suspiró: «¡Fo!».

Le cogí en brazos otra vez y le llevé a la casa. Debíamos parecer la ilustración de una novelita victoriana, caminando por un prado sobre el que vuelan golondrinas. ¿Tenía Otilie las manos pegadas al pecho? Michael apartaba la cara de mí resueltamente. En las escaleras culebreó y me obligó a dejarle en el suelo. Charlotte abrió la puerta... y por un momento pareció a punto de retroceder precipitadamente y volver a cerrar.

—Bah, no tiene nada —dijo Otilie, y miró furiosa al niño. Los dejé. Mi almuerzo se había congelado en su propia grasa.

Una hora después vino Otilie otra vez a la caseta del guarda. Sí, sí, estaba perfectamente, no tenía nada roto, menudo bribón. Se disculpó por habérmelo llevado: mi puerta era la que estaba más cerca. «Me alegro», dije, sin saber qué quería decir exactamente. Se encogió de hombros. Se había pintado los labios. «Me asusté», dijo. Nos quedamos quietos allí torpemente, mirando las cosas, como hace la gente en el andén de una estación, pensar una manera de decir adiós de una vez. Murió la luz del sol en la ventana y empezó a llover. De pronto se me hinchó en el pecho como una burbuja y le puse las manos en los hombros y le di un beso. Me vi en la muñeca una mancha de sangre seca. El lápiz de labios sabía a algo de la infancia, plastilina o caramelos baratos.

Cuando retrocedí ella se quedó simplemente con el ceño fruncido moviendo los labios, como si intentase identificar un sabor misteriosamente familiar.

—Me parece que le caigo mal —dije.

—¿Qué? No. Estaba desconcertado.

—¿Se desconciertan los niños alguna vez?

—Oh sí —dijo suavemente, y me miró por fin—. Oh sí.

Resulta extraño que te ofrezcan, sin condiciones, un cuerpo que en realidad no deseas. Sientes las cosas más inesperadas, ternura, por supuesto, pero impaciencia también, curiosidad, cierto desprecio y algo más para lo que el único nombre que puedo encontrar es tristeza. Cuando se desnudó fue como si no estuviese solo desvestiéndose, sino realizando una operación mucho más compleja, como volviéndose del revés quizás, para mostrar no pecho y trasero y rubio regazo, sino sus propias vísceras, los frágiles pulmones, el nido malva de los intestinos, el marfil brillante del hueso, y su corazón, laborando apasionadamente. La estreché y sentí la leve conmoción de estar de pronto totalmente habitado.

No estaba preparado para su dulzura. Al principio parecía casi un rechazo. Estábamos tan callados que oía las exclamaciones que susurraba la lluvia en la ventana. En la ciudad de la carne viajo sin planos, un turista inquieto: y Otilie era una auténtica Venecia. Me perdía tambaleante por la sombra azul de sus aceras. Percibía una quietud somnolienta, un balanceo, el chapoteo de un remo. Luego, cuando menos lo esperaba, irrumpía de pronto en la gran plaza la claridad del sol, y ella era una bandada de pájaros que se espantaban entre mis brazos con leves chillidos.

Nos quedamos tendidos, húmedos y fríos como dos peces en la arena, hasta que me dio tres golpecitos secos en la nuca con los dedos y se incorporó. Me giré de costado y contemplé en una especie de estupor tierno los dos pliegues de carne que tenía sobre la cadera. Se puso los pantalones y el jersey informe y entró en la cocina a preparar té. Nuestra mancha en la sábana tenía forma de tortuga. Cayó sobre mi corazón una tristeza gris. Cuando volvió, ya estaba vestido. Nos sentamos en la cama, en nuestro propio olor ligeramente amoniacal, y bebimos té fuerte en tazas fisuradas. El día se oscurecía, la lluvia se asentaba.

—Supongo que piensas que soy solo una puta —dijo.

Fue accidental desde el principio, y siguió así. Bueno, podría, sin duda, dibujar un plano de nuestras respectivas trayectorias hasta aquella cama. Habría un arbolito estilizado en él y un cupido desplomado y una X en tinta carmesí indicando una mancha de sangre y unas lindas rayas azules inclinadas indicando lluvia. Pero sería erróneo, parecería la cartografía del amor. ¿Qué puedo decir? No negaré que me conmovió su rubio esplendor barroco. Recuerdo sus manos en mi cuello, las honduras violáceas de sus ojos, sus pies pálidos inesperadamente delicados y sus gritos, su pánico súbito al sentir, cuando me apretaba contra sí, los dientes húmedos al descubierto y los párpados aleteando, como quien cae sin poder evitarlo en un sueño. ¿Pero, amor?

Penetró en mi vida de la caseta del guarda con una resolución furtiva. Trajo recortes de revistas y los colocó en la pared encima de la cama, estrellas de cine, el retrato de Newton por Kneller, la *Primavera*. Empezaron a brotar flores alrededor de mí en tarros de mermelada y latas. Apareció una tetera nueva, y dos tazas, de delicada porcelana translúcida, las dos con una fisura idéntica. Un día llegó con una radio antigua que había rescatado del garaje. Se pasaba horas jugando con ella, pasando de una emisora a otra, la boca entreabierta, los ojos perdidos en la nada, mientras cotorreaban en sus oídos pinchadiscos húngaros o palangreros escoceses y el día iba esfumándose y la lucecita verde del cuadro de sintonía se movía sin cesar en la creciente oscuridad.

Creo que más que lo sexual, quizá más que el amor, lo que ella quería era compañía. Hablaba. Yo a veces llegaba a pensar que se había metido en la cama conmigo para poder hablar. Me revelaba los escándalos del vecindario: ¿Sabía yo que aquel hombre de la taberna de Pierce se acostaba con su propia hija? Explicaba sus sueños con todo detalle; yo no figuraba nunca en ellos. Aunque me contó muchísimas cosas de la familia, me enteré de pocas. Me aturdía la masa de nombres y fechas nebulosas. Era todo como las anécdotas de un libro de historia, intensas e inmediatamente olvidables. Su tema favorito eran sus padres muertos. Eran en su fantasía una especie de Scott y Zelda, bellos y predestinados a la fatalidad, el cabello echado hacia atrás y blancas bufandas de seda latigueando al viento mientras navegaban despreocupados, riendo, por el torbellino del desastre. Lo único que podía ofrecerle yo a cambio era hablarle de Newton, exhibir mi erudición arcana. Probé incluso a leerle en voz alta fragmentos de ese viejo artículo mío sobre Galileo... se durmió. No hablábamos mucho, por supuesto. Nuestra relación se

desarrollaba por mediación de aquellas cosas neutras, una historia, un recuerdo, un sueño.

Me preguntaba si en la casa sabían lo que estaba pasando. La idea resultaba vagamente excitante. Las meriendas de los domingos se convirtieron en una institución y aunque nunca me sentía cómodo, confieso que disfrutaba con la masonería sexual, con sus signos secretos, las miradas y las sonrisas encubiertas, cómo la mirada de Otilie se encontraba con la mía y se fundía con ella, de lado a lado de la mesa, con tanta intensidad que parecía que fuese a formarse como una imagen de holograma de un par de diminutos amantes retozando entre las cosas del té.

Al principio hacíamos el amor con una curiosa inocencia. Su generosidad era una especie de humillación desesperada ante el altar de la pasión. Era incapaz de intimidad, no la deseaba, no había ninguna parte de su cuerpo que se me ocultase. Esta entrega implacable resultaba al principio halagadora y luego agobiante. La daba por supuesta, claro, salvo cuando, exhausta o aburrida se olvidaba de mí. Entonces, jugando con la radio, cavilando junto a la estufa, sentada en el suelo hurgándose la nariz con concentración ensoñadora, se alejaba de mí y resultaba de pronto extraña e incomprensible, igual que a veces una palabra, tu propio nombre incluso, se distancia brevemente de su significado y se convierte en un agujero en la red del mundo. Tenía también momentos de autoafirmación. Algo captaba su atención y me apartaba absorta como si fuese un mueble y miraba a otra parte, con una sonrisilla de loca, más allá de la cumbre del cerro, hacia la musiquilla aguda del parque de atracciones que solo podía oír ella. Me daba sin previo aviso un golpe fuerte en el pecho y reía. Un día me preguntó si había tomado drogas alguna vez.

—Yo estoy deseando morirme —dijo pensativa—; te dan esa especie de cóctel de morfina.

Me reí.

—¿Dónde oíste eso?

—Es lo que le dan a la gente cuando se está muriendo de cáncer —dijo encogiéndose de hombros—. Lo sabe todo el mundo.

Supongo que también yo la desconcertaba. Abría los ojos y la sorprendía mirando en el espejo nebuloso de nuestros besos, como si contemplase un crimen fascinante que se estuviese cometiendo. Sus manos me exploraban con la cautela furtiva de un ciego. Una vez que deslizaba mis labios por su vientre, miré hacia arriba y la sorprendí mirando abajo con lágrimas en los ojos. Este escrutinio apasionado era demasiado para mí, sentía que había algo

en mi interior que se envolvía en su capa sucia y se giraba furtivo. Yo no había acordado que se me conociese como intentaba conocerme ella.

Y por primera vez en mi vida empecé a sentir mi edad. Parece tonto, ya lo sé. Pero antes de que ella naciese me habían pasado cosas y habían pasado cosas en el mundo. Los años de mi vida de su no ser me golpeaban como un hecho extraordinario, una especie de travesura que me hacía el tiempo. Mi pasión es el pasado y estaba descubriendo en ella, precisamente, lo que significa el pasado. Y no solo el pasado. Antes de nuestra aventura (la palabra me hace pestañear), antes de que empezase propiamente, yo ya pensaba en su final. Te reirás, pero me imaginaba muchas veces mi lecho de muerte: una noche cálida y silenciosa, la lámpara temblequeando y una polilla dando en la bombilla, y yo, niño agostado, recordando con claridad mágica cómo falla la respiración en este instante, en este dormitorio al oscurecer, la brisa en la ventana, los sicómoros, el corazón de ella latiendo bajo el mío, y aquel pájaro que canta lejos, en una tierra perdida, totalmente perdida, sí.

—Si esto no es amor... —dijo una vez con aquella voz oscura suya, convirtiéndose de pronto por un instante en una adulta auténtica—. Si esto no es amor, Dios mío, ¿qué es entonces?

La verdad es que no parecía nada concreto exactamente... oigo su risa dolorida... hasta que, con tacto, con respeto, pero impasiblemente, otra persona, un secreto partícipe, vino a unirse a nuestros abrazos siempre un tanto melancólicos.

**E**l cumpleaños de Michael fue a finales de junio y hubo una fiesta. Los invitados eran doce condiscípulos suyos de la escuela del pueblo. Eran todos del mismo tipo, criaturas pequeñas de aspecto famélico, enanos de la camada, las niñas zanquilargas, con cola de caballo, y los niños alerta bajo cortes de pelo crueles, los cuellos pálidos indefensos como los de un conejo. ¿Por qué los había elegido?, ¿eran sus únicos amigos en aquella escuela? Él era un gigante rubio entre ellos. Mientras Charlotte ponía la mesa en la sala para la merienda, Otilie los dirigía en juegos de fiesta, moviendo los brazos y gritando, como un director que dirigiese una orquesta loca. Michael estaba retraído, tieso y hosco.

Yo había subido a la casa con un regalo para él. Me dieron un vaso de cerveza tibia y me dejaron en la cocina. Apareció Edward, blandiendo un palo de *hurley*.

—Hemos perdido a dos de estos pequeños bribones, no los habrás visto, ¿eh? Siempre pasa lo mismo, se van y se esconden, empiezan a soñar y se olvidan de salir.

Remoloneaba mirando mi vaso.

—Tú te has escondido también, ¿eh? Buena idea. Toma, bebe una bebida decente.

Tiró mi cerveza en la fregadera y sacó vasos y una botella de whisky.

—Ten. ¡Salud! Ah.

Nos quedamos allí, como dos duendes tímidos, oyendo los ruidos de la fiesta que venían del pasillo. Edward, apoyado en el palo de *hurley*, contemplaba su vaso.

—¿Cómo te va en la casa del guarda? —dijo—. ¿Bien? El tejado necesita un repaso... es un sitio muy frío en invierno, te advierto.

Aquel día se hacía el propietario. Me miró de reojo.

—Pero tú no estarás aquí en invierno.

Me encogí de hombros; adivina de nuevo, amigo mío.

—Te estás encariñando con nosotros, ¿eh? —dijo, casi con timidez.

Me tocaba a mí ya utilizar la mirada de reojo.

—Hay paz —dije— y tranquilidad: eso es lo importante.

Pasó una nube y la sombra del castaño se abalanzó sobre nosotros por el suelo de baldosas. Yo le había tomado desde el principio por un borracho y un holgazán, un pecador tibio que no era lo bastante hombre para ser un monstruo: ¿Podría ser una máscara, tras la que se agazapaba un simulador sutil, que sonreía y conspiraba? Imposible. Pero no me gustaba aquel día el brillo de sus ojos. ¿Habría estado Ottilie contando secretos?

—Yo viví allí una vez, ¿sabes? —dijo.

—¿Qué... en la casa del guarda?

—Hace años. Yo manejaba el semillero, cuando vivía aún el padre de Lotte.

Vaya: ¡un cazador de dotes, Dios mío! Casi se me escapa la risa.

Se sirvió otro vaso y salimos afuera, al patio. Ronroneaba cálido el día. Sobre el bosque lejano cazaba un halcón.

Lotte.

—¿Aún sigues haciendo ese libro tuyo? —dijo—. Yo también escribí algo de poesía.

¡Ah, la humanidad! Nunca se quedará sin sorpresas.

—Lo dejé, claro, como todo lo demás.

Se quedó caviloso un momento, ceñudo, y el azul de los Dardanelos brotó brevemente en sus ojos sombríos. Miré al halcón que seguía volando en círculo. ¿Qué sabía yo? Quizá al fondo de un cajón en algún sitio hubiese un manojito de poemas que, liberados, cautivasen al mundo. Una idea curiosa; jugué con ella. Él entró en la cocina y sacó la botella.

—Toma —dijo entregándomela—, haz tú los honores. En realidad yo esto no puedo ni probarlo.

Serví dos vasos generosos. El primer indicio de borrachera incipiente es que empiezas a oírte respirar. Él me miraba; se le había empañado el azul de los ojos. Tenía, quizá debido a aquella cabezota demasiado pesada, una forma especial de parecer cernerse sobre uno.

—No estás casado, ¿verdad? —dijo—. Es lo mejor. Las mujeres, algunas...

Pestañeó, me puso su vaso en la mano, se acercó al castaño y se puso a mear sin ceremonias sobre el tronco, sosteniendo aquella cosa tosca y blanca de la bragueta con el índice y el pulgar de una mano delicadamente arqueada, como si sostuviera el arco de un violín. Cuando acabó cogió el palo de *hurley*.

—Las mujeres —dijo de nuevo—; ¿qué opinas de ellas?

No me gustaba el curso que tomaba aquello, dos compadres juntos, la bebida y la charla, la meada al viento. Pronto empezaríamos a contarnos

chistes verdes. Recuperó su vaso y se quedó plantado allí mirándome, proyectándose sobre su vaso. Había en él violencia, nunca la dejaría salir, pero era mucho más inquietante así, apretada dentro como un puño.

—Están aquí para quedarse, supongo —dije, y solté una risa que sonó como una puerta que roza al abrirse. Él no estaba escuchando.

—No es culpa suya —dijo, hablando para sí—. Ellas también tienen que vivir, conseguir lo que puedan, luchar, abrirse camino. No es culpa suya que...

Me miró fijamente.

—¡Súcubo! ¿Conoces esa palabra? Es una gran palabra, me gusta.

Vi, horrorizado, que me echaba un brazo por el hombro y me conducía cruzando la grava del patio hacia el campo que había detrás del castaño. Aún llevaba el palo de *hurley* e iba balanceándolo a mi lado. Tenía mechoncitos de vello vulpino en los pómulos y a un lado del cuello detrás del lóbulo de la oreja. Le olía mal la boca.

—¿Viste en el periódico —dijo— esa mujer que fue a los guardias a quejarse de que el hombre de la casa de al lado estaba haciendo agujeros en la pared y metiendo gas para envenenarla? Le dieron una taza de té y la mandaron a casa y al cabo de una semana la encontraron muerta, y había agujeros en la maldita pared y el tipo de la casa de al lado estaba loco de remate, había tubos de goma metidos en la pared, un chiflado completo.

Me pegó suave con el palo.

—Eso demuestra que hay que hacer caso a la gente, ¿no? ¿Qué te parece?

Se echó a reír. No había nada cómico en aquella risa. Llegó hasta mí, más bien, un soplo de pesar que me hizo perder pie. ¿Qué estaba preguntándome?... porque estaba preguntándome algo. Y entonces me di cuenta de un hecho extraño. Él estaba hueco. Quiero decir físicamente, él estaba, bueno, hueco. Sí, tenía una constitución bastante robusta, había carne real dentro de los pantalones, y huesos y huevos, sangre, todo, pero dentro yo imaginaba solo un espacio grisáceo sin nada más que un poco de rabia, no un puño en realidad, sino solo una configuración tensa, como un diagrama de esfuerzos tridimensional. Hasta en la superficie faltaba también algo, un brillo esencial. Parecía cubierto por una delicada capa de polvo, como un pájaro disecado en una campana de cristal. No estaba así cuando yo había llegado allí. El descubrimiento era extrañamente gratificante. Hasta entonces le había tenido un poco de miedo. Volvimos hacia la casa. La botella, medio vacía, estaba en el alféizar de la ventana. Me libré de su brazo y serví otros dos vasos.

—Toma —dije—. Salud. Ah.

Enfiló camino abajo un coche de línea con la parte de atrás erizada de niños colorados. Frenó en la puerta con un chirrido al llegar de la carretera un coche largo y resplandeciente que avanzó sin detenerse hasta la casa.

—Jesús, María y José —dijo Edward—: los Mittler.

Retrocedió entrando en la cocina. Los visitantes estaban ya en la puerta de entrada, oímos su llamada imperiosa y luego voces en el recibidor.

—Yo me iré —dije.

—No, ni hablar —tendió hacia mí una mano, apurando el vaso al mismo tiempo—. Son familia, es interesante, ven, los conocerás.

Y me empujó con sonrisa de ahorcado por el pasillo.

Estaban en la sala, una mujer de aire juvenil vestida de gris, un hombre gordo de cincuenta años y dos niñas pálidas, gemelas, con unos bucles largos y rubios y calcetines blancos.

—Esta es Bunny —dijo Edward—, mi hermana, y Tom, Tom Mittler; y esta es Dolores, y Alice.

Una de las gemelas señaló a la otra.

—Ella es Alice.

Tom Mittler cabeceó hacia mí, tocándose la corbata y murmuró algo, con una risilla gruesa, y luego ejecutó el curioso truco de esfumarse inmediatamente allí mismo. Su mujer me miró de arriba abajo con atención serena. Llevaba una falda de corte severo y las hombreras de la chaqueta levantadas como pulcras alitas. Llevaba un sombrero redondo sin ala como una cajita sujeto en un ángulo imposible a sus tupidos rizos rubios. Era difícil determinar si el atuendo era la última moda o si estaba tan pasado de moda que le había llegado otra vez el momento de estar de moda, pero le daba un aspecto anticuado que resultaba extrañamente siniestro. Tenía la boca muy bien perfilada con carmín bermellón y parecía como si se le hubiese posado en la cara un pequeño insecto tropical. Tenía los ojos azules, como los de Edward, pero más duros.

—Me llamo Diana —dijo y Edward se echó a reír; ella no le hizo caso—. Así que eres el huésped.

—Estoy viviendo en la casa del guarda, sí —dije.

—¿Estás cómodo allí? —y aquel pequeño insecto rojo alzó un poquito las puntas de las alas; luego apartó la vista de mí—. ¿Hay alguna posibilidad de tomar una taza de té, Charlotte? ¿O es mucho problema?

Charlotte, que estaba fuera de nuestro pequeño círculo, se puso en marcha bruscamente.

—Sí, sí, perdona...

—Ya lo traigo yo —dijo Otilie y se levantó, haciéndome una mueca al pasar.

Bunny miró alrededor, otorgándonos a cada uno, sucesivamente, su sonrisa pintada.

—¡Bueno! Esto es maravilloso —dijo, y extrajo del sombrero el largo alfiler de acero—. Pero ¿dónde está el niño del cumpleaños?

—Escondiéndose —murmuró Edward, y me hizo un guiño.

—Hay mucha alegría hoy —dijo su hermana; miró el palo de *hurley* que Edward tenía aún en la mano—. ¿Vienes de un partido o vas a uno?

Él blandió el arma hacia ella juguetonamente.

—El partido acaba de empezar, amiga mía.

—¡Ja! —dijo Tom Mittler y desapareció otra vez instantáneamente.

Hubo una pequeña conmoción cuando llegó Otilie con el té en un carrito traqueteante. Michael entró tras ella, portando solemnemente la tetera como un cáliz. Bunny lanzó un gritito al verle y las gemelas achicaron los ojos y avanzaron; su padre hizo una breve aparición para entregar a Michael su regalo, un billete de cinco libras en un sobre marrón. Bunny se encogió de hombros exculpatoriamente.

—No nos daba tiempo a comprar nada. Otilie, esto es maravilloso. ¡Tarta y todo! ¿Debo hacer yo de madre?

Los visitantes se distribuyeron alrededor de la chimenea vacía y comieron con satisfacción, mientras los habitantes de la casa rondaban por allí titubeantes, temporalmente desposeídos. Edward murmuró algo y se fue. Bunny esperó que se cerrase la puerta tras él y luego se volvió con avidez a Charlotte.

—¿Cómo está? —con los ojos brillantes, ansiosa de saber—. Cuéntame, cuéntame.

Hubo un momento de silencio.

—Mira —dijo Charlotte—, no... quiero decir que... bueno, ya sabes.

Bunny posó la taza y se retrepó, todo un estudio de pesadumbre y comprensión, moviendo la cabeza.

—Ay, pobrecita; *pobrecita* —luego alzó la vista hacia mí—. Supongo que sabes lo de...

—No —dijo rápidamente Charlotte.

Bunny se llevó una mano a la boca.

—Huy, perdón.

Volvió Edward con la botella de whisky.

—Aquí estamos. Bueno, ¿quién quiere un trago?

Se detuvo, captando algo en el silencio. Luego se encogió de hombros.

—Bueno, yo —dijo— quiero uno. Tom, ¿tú? Y sé que *tú* querrás.

Nos sirvió a Mittler y a mí un vaso a cada uno.

—Gracias —dijo Tom Mittler.

Edward alzó el vaso.

—¿Por qué brindamos?

—Por el veintisiete de agosto —dijo Bunny, rápida como un rayo.

Todos se volvieron y la miraron con los ojos en blanco. Yo recordé.

—¿Mountbatten? —dije.

Un miembro de su menguante banda de héroes, cruelmente asesinado. Me sentí encantado; solo *ellos* se atreverían a convertir una merienda en una sala de estar en una conmemoración.

—Algo terrible, terrible —añadí.

Pronto fui desengañado. Ella me dirigió su sonrisita.

—Y no hay que olvidar Warrenpoint; dieciocho paracaidistas y un conde, todos el mismo día.

—Por Dios, Bunny —dijo Edward.

Ella seguía mirándome, divertida y chispeante.

—No le hagas caso —dijo juguetonamente—, él es un británico occidental, por propia voluntad. Yo creo que deberíamos ponerle ese nombre a una calle, como hacen los franceses. ¡El glorioso veintisiete!

Miré a su marido, que sorbía su té. Alguien había dicho que era procurador. Le llevaba a ella veinte años lo menos. Alzó la vista hacia mí notando que le miraba, se pasó una mano pecosa por el escaso cabello pajizo y dijo alegremente:

—¡Está loca!

Bunny se sirvió otra taza de té, con una sonrisilla boba.

—Estás hablando de hombres muertos —murmuró Edward, con el amargo cansancio de alguien que cumple con su deber en una disputa que ha perdido hace mucho.

—A este país no le pasa nada —dijo Bunny— que no curen un montón más de cadáveres como esos.

Alzó la taza pulcramente.

—¡Viva la muerte! —dijo—. ¿Has hecho tú la tarta, Charlotte? Deliciosa.

Con la serena claridad que me invade siempre al quinto vaso, advertí que si tomaba el sexto estaría ya borracho perdido.

Una de las gemelas lanzó de pronto un grito de dolor.

—¡Mamá, mamá, él me ha!

Michael nos miró ceñudo y hosco, acuclillado en la alfombra como un corredor que espera que den la salida. Bunny se echó a reír.

La niña arrugó la cara, vertiendo gruesas lágrimas. Su hermana la observaba con interés.

—Michael —atronó Edward esgrimiendo hacia él el palo de *hurley*—. ¿Ves esto...?

Ottilie fue a preparar más té y la seguí. Tras las ventanas de la cocina, el castaño murmuraba suave en su verde ensueño. La tarde había empezado a desvanecerse.

—Toda una señora —dije—, esa Diana.

Ottilie se encogió de hombros, vigilando la tetera.

—Zorra —dijo suavemente—. Solo viene aquí a...

—¿A qué?

—Nada. A disfrutar. La oíste con Charlotte: pobrecilla —puso una sonrisa bobalicona—. Me da vómitos.

La tetera empezó a silbar estridentemente como un pajarito lunático.

—Él no está tan mal —dije—, ¿o sí? ¿Edward?

No me contestó. Volvimos a la sala. Se había asentado allí una especie de silencio ensoñador. Estaban sentados, contemplando el vacío, personas encantadas de un cuento de hadas. Bunny nos miró cuando entramos y un parpadeo de curiosidad iluminó sus ojillos duros. Parecía hábil para adivinar secretos. Me aparté de Ottilie.

—Veo que te sientes como en casa —dijo Bunny.

—Son gente amable —contesté e intenté reír.

No me funcionaban bien las piernas. Bunny alzó una ceja quisquillosa.

—Eso es verdad —dijo.

Me puse a pensar. Perdí interés en ella. Edward tocó mi vaso con la botella. Tenía la cara cenicienta. Me llegó su aliento, una caliente nube parda. Miré a Charlotte, la única morena entre todas aquellas rubias. Estaba sentada, la espalda arqueada y los hombros erguidos, los brazos esbeltos extendidos sobre el regazo, las manos pálidas enlazadas, una gacela. Pobrecilla. Me dio un vuelco el corazón. La luz herida del final de la tarde conjuraba otros días, percibías la textura pero los días en sí no los recordabas. Tuve la sensación de que estaba a punto de echarme a llorar. Edward chasqueó los dedos y se sentó al rayado piano vertical. Tocó atrozmente, balanceando los hombros y canturreando. Bunny intentó hablar por encima del estruendo pero nadie escuchaba. Michael estaba sentado en el suelo en el centro de la habitación,

jugando obstinadamente con el coche de juguete que le había regalado yo. Cogí las manos de Otilie entre las mías. Ella me miró y se echó a reír. Bailamos majestuosamente, como una pareja de duquesas borrachas, dando vueltas y vueltas en la alfombra desvaída. Bunny nos observaba con clara avidez. Edward, agotado su repertorio, se levantó y condujo a Charlotte protestando hasta el piano. Ella acarició las teclas en silencio un momento y luego empezó a tocar, titubeante. Era una música pequeña y delicada, parecía venir de muy lejos, de dentro de algo, y me imaginé una caja de música, puesta en marcha por una corriente de aire inesperada, una puerta cerrada de golpe, lanzándose a una canción solitaria en su rincón olvidado del fondo del desván. Me paré a observar a Charlotte, la cabeza oscura y luminosa, el cuello pálido, y aquellas manos que de pronto parecían estar en las mías en vez de las de Otilie. La luz del oscurecer, las altas ventanas... ¡Oh, una gacela! Otilie se apartó de mí y se arrodilló junto a Michael. El coche de juguete estaba volcado beodamente de lado, las ruedas girando. Michael achicó los ojos. Llevaba todo el tiempo intentando romperlo. Edward cogió aquel objeto mutilado y lo examinó, haciéndolo girar en sus dedos gordos con una parsimonia tosca y turbia. Los miré a los tres, a Otilie, al niño y al hombre de rostro ceniciento; y algo se agitó, un eco que surgía de algún viejo cuadro amarronado. Jesús, María y José. Se alejaron despacio, despacio, como si se fuesen arrastrados por una pieza de maquinaria escénica oculta. Y luego se esfumaron todos, Bunny, su marido gordo, sus niñas, las sillas, las tazas esparcidas, todo, hasta que estuvimos solo Charlotte y yo, en aquel instante, al final de un pasado que quedaba así revisado del todo. Eructé levemente. En la tapa del piano había un vaso vacío, un sombrero de papel de fiesta, un corazón de manzana amarronado. Estas son las cosas que recordamos. Y recuerdo también que aquella noche, con Otilie gimiendo en mis brazos, sentí por primera vez la presencia de otra persona, y oí de nuevo aquella música minúscula, y me estremecí al notar en la cara la caricia espectral de unos dedos pálidos.

—¿Qué pasa? —dijo Otilie—. ¿Qué fue?

—Nada —contesté—, nada, nada.

¿Porque, cómo iba a decirle que no era ya ella la mujer que estrechaba en mis brazos?

A la mañana siguiente llegó junto con la resaca inevitablemente la lenta quemazón de la alarma. ¿Había dicho algo, se me había escapado algún gesto especial? ¿Había hecho el ridículo? Recordaba a Bunny sonriendo, la punta

de su naricilla temblando, pero eso había sido cuando yo estaba aún con Otilie. Ni siquiera una vista tan aguda podía haberse dado cuenta de mi libertinaje breve y solitario al lado del piano... y más tarde, en la oscuridad, no había habido nadie que pudiese verme, salvo Otilie, y ella no veía cosas como aquella. ¿Cómo qué? En toda borrachera llega ese momento de locura y de euforia en que el conocimiento acumulado de la vida y del mundo y de nosotros mismos parece un error ridículo, y nos damos cuenta de pronto de que somos genios, o estamos mortalmente enfermos o enamorados. Es un hecho obvio, simple, indudable. ¿Por qué no nos hemos dado cuenta antes? Luego la borrachera pasa, se evapora todo y volvemos a ser lo que somos, una imagen frágil, inútil, ridícula, con dolor de cabeza. Pero aquella mañana esperé en vano tumbado en la cama que la realidad se reajustase. Aquel hecho no desaparecía: me había enamorado de Charlotte Lawless.

Estaba estupefacto, claro, pero había también un estremecimiento familiar de miedo y una repugnancia no del todo desagradable. Era como ese momento de un juego en una fiesta de la infancia en que, acalorado y excitado, cada terminación nerviosa un ojo, te quitas la venda y descubres que la cálida presa que tiembla entre tus brazos no es la niña de los rizos negros y el corpiño sugestivamente prieto cuyo nombre no pudiste oír bien del todo, sino un niño gordo, o tu convulsa hermana mayor, o solo uno de los poderosos brazos pecosos de tía Hilda. O una mujer de mediana edad, enfáticamente casada, con manos de mujer mayor y patas de gallo y un leve inicio de bigote, que no me había dirigido más de veinte palabras y que me miraba como si yo fuese, si no transparente, por lo menos translúcido. Allí estaba, de todos modos, sentado en la cama conmigo, aún con su vestido de fiesta, con una sonrisa impúdica: el amor.

Quedaba al descubierto así la pauta secreta de los últimos meses. Me vi a mí mismo aquel primer día en la entrada de la caseta del guarda ofreciéndole el alquiler de un mes, volví a bajar torpemente por la ladera cubierta de hierba hasta el invernadero, me senté en su cocina a la luz del sol observando las sombras de hojas que se movían junto a su mano. Era como un artista que examina feliz el plan de una obra que le ha llegado de pronto completa en todos sus detalles, que acaricia la maravillosa estructura aún húmeda suavemente por un lado y por otro con los leves tentáculos de la imaginación. Otilie era una introducción, al oboe, del tema principal que vendría luego, Edward era a la vez el desahogo cómico y el torpe malo de la pieza, Michael seguía siendo un cupido, cuya sutil puntería yo había subestimado, sin

embargo. Hasta el buen tiempo ininterrumpido del verano formaba parte de la trama.

Por supuesto, tenía que haber ocasiones en las que pareciese todo un espejismo. Yo percibía el hecho de que la vida real que llevaba (chuletas quemadas, el cuarto de baño por limpiar) se alejaba mucho del ideal que había dado en pensar que era en cierto modo a lo que me dirigía: el tranquilo investigador solo con los libros, una pipa y la luz de la lámpara, que alza los ojos melancólicos de vez en cuando hacia el bloque satinado de noche de la ventana y suspira por *die ferne Geliebte*. Cuando Otilie vino a mí me vi como uno de aquellos caballeros trágicos de las novelas antiguas que se solazan con una dependienta o una pequeña actriz, una especie de muñeca semianimada con modales pueriles y sin nombre, un papel al que mi chica rubia y grande no se adaptaba demasiado bien. Pero luego las dudas se esfumaban con la misma brusquedad con que habían llegado, y el sueño levantaba otra vez el vuelo hacia el empíreo, cuando la veía venir del invernadero con flores en los brazos, o la vislumbraba perdida en sus pensamientos tras una ventana en la que se reflejaban un árbol y una nube de bronce. Una vez que escuchaba ociosamente las previsiones meteorológicas marinas por la radio, la vi salir a las escaleras bajo la luz tostada del ocaso y llamar al niño y aún sigo pensando en ella siempre cuando oigo la palabra *Finisterre*.

En momentos como ese uno puede sentir que el recuerdo amontona su material, con un brillo en los ojos, ávido, como un fotógrafo enloquecido. No me refiero a las grandes escenas, los crepúsculos y los accidentes automovilísticos, me refiero a esas instantáneas rayadas en blanco y negro, hechas con mala luz, con un horizonte ladeado, y esa mancha de huella dactilar en primer plano. Así son las fotos de Charlotte, en mi mente. En la mejor de todas ellas no está presente en absoluto, alguien me empujó el codo, o la película era defectuosa. O quizás estuviese presente y se retirara, con una sonrisa dolida. Persiste únicamente su resplandor. Se ve una silla vacía bajo una luz de lluvia, flores cortadas sobre un banco, una ventana abierta con relámpagos que chispean lejos en la oscuridad. Su ausencia palpita en estas vistas con mayor fuerza, con más intensidad que cualquier presencia.

Cuando busco palabras para describirla no puedo encontrarlas. Esas palabras no existen. Tendrían que ser solo formas de intención, balanceándose al borde del decir, otra versión del silencio. Cada mención que hago de ella es un fracaso. Hasta cuando digo solo su nombre suena como una exageración. Cuando lo escribo parece absurdamente hinchado, como si mi pluma hubiese

deslizado en él ocho o nueve letras de más. Su propia presencia física parecía excesiva, una representación torpe de la ella esencial. Esa esencia solo podía atisbarse indirectamente, en el borde exterior de la visión, una imagen siempre presente allí y huyendo siempre como el resplandor residual de una luz intensa en la retina.

Si nunca estaba presente del todo para mí en la carne, ¿cómo podía conseguir que estuviese allí para mí de noche en la caseta del guarda, en mis vagabundeos solitarios por los campos? Tengo que concentrarme en cosas enaltecidas por su paso. Serviría cualquier cosa, su sombrero de paja, las botas de goma manchadas de barro colocadas torpemente junto a la puerta de atrás. Era la vulgaridad misma de estos recuerdos la que los hacía valiosos. Eso y el hecho de que fuesen totalmente míos. Ni siquiera ella conocía su significado secreto. Dos pequeñas manchas brillantes acorazonadas producidas por el rozamiento en la parte interior de aquellas botas por su forma de andar un poco patizamba. La red sutil de luz y sombra que proyectaba sobre su rostro la paja suelta del ala del sombrero. ¿Quién repararía en semejantes cosas si no fijase en ella las lentes de primer plano del amor?

Amor. Esa palabra. Me parece oír comillas a su alrededor, como si fuese el título de algo, un pomposo soneto, por ejemplo, de algún poeta eximio. ¿Se puede amar a una persona de la que tiene uno tan poco? Porque a través de la niebla vislumbraba de cuando en cuando, aunque fugazmente, el hecho de que lo que tenía de ella difícilmente bastaba para sustentar un gran peso de pasión. Quizá hubiese que llamarle concentración, pues, la concentración del pintor que intenta dibujar la imagen viva partiendo de la potencialidad de la simple pintura. Yo la haría encarnar. Por la fuerza de mi meticulosa atención infatigable ella surgiría sobre su concha entre las olas y *sería*.

Yo no hacía nada, claro, no decía nada, no iniciaba ningún movimiento. Era una pasión de la mente. Había renunciado a toda pretensión de trabajar en el libro. Ya ves la conexión.

Me preguntaba si se daría cuenta de que la observaban con tanta pasión. Creía sorprenderla a veces estremeciéndose, como si hubiese sentido mi aliento baboso rozar su piel. Tenía una forma especial de obsequiarme de pronto con pequeños fragmentos de hechos espontáneos, como migajas arrojadas para desviar la atención de un perro que temiese que pudiera morderla. Volvía la cabeza, examinaba un instante mi hombro derecho, o una de mis manos, con aquella mirada extraña de ojos vacuos, y decía: «Mi padre importó ese árbol de América del Sur». Y yo asentía caviloso, ceñudo.

Aprendí de ella las cosas más extrañas. Por qué un ja-ja se llama así. Que Finlandia fue el primer país europeo que concedió el voto a las mujeres. De vez en cuando lograba vincular estas misteriosas revelaciones con algo que yo había dicho o preguntado días antes, pero en general no había ninguna conexión perceptible. Después de hablar, seguía mirándome un instante más, como si esperase una señal patente de que reconocía que ella era sólida, que, bueno, sabía cosas, como las sabe la gente real... o simplemente que estaba demasiado seca para que aquel perro peligroso se molestase en morder.

Recuerdo un sábado que ella iba en el coche a la ciudad a entregar material del semillero y le pedí que me llevase. Llovía y los campos eran una mancha veloz tras las ventanillas nebulosas. Habíamos pasado ya el pueblo cuando levantó el pie del acelerador y dejó que el coche parase lentamente. «Un pinchazo», dijo. Pero no se bajó. Contemplamos en silencio un manzano silvestre que brillaba delante de nosotros en el parabrisas goteante. Las ruedas de mi lado se habían montado sobre el borde cubierto de hierba y todo estaba ligeramente torcido. No había ningún pinchazo. Recuerdo que fue un momento extraño, la lluvia, el rumor de la lluvia, la sensación pegajosa y gastada del asiento del coche. Se quitó las gafas y le cayó sobre la cara un mechón de cabello. ¿En qué estaría pensando? No me gustaba la manera que tenía de llevar las gafas colgando de un cordón, le daba un aire de matrona. De pronto una vieja bruja murmuró dentro de mí: *Tiene cuarenta por lo menos*, y fue inmediatamente silenciada. Pasó un minuto. Bajé el cristal de la ventanilla y dejé que entrase el olor a madreSelva y a tierra mojada. Charlotte frotó el nebuloso parabrisas con la punta de un dedo. «Quizá fuera mejor dar la vuelta», dijo, y luego, mirando mis rodillas: «Edward, no está bien». La sibila había hablado. Asentí, un sacerdote del templo desconcertado. ¿Qué esperaba de mí? Fuese lo que fuese yo no podía darlo, y se volvió con una vaga desesperanza hacia las plantas y las canastillas de frutas que había amontonadas en el asiento de atrás. Sus ojos, ¿de qué color eran? ¡No consigo acordarme! Puso el coche en marcha. Seguimos.

Y seguiría así siempre aquello, balanceándose a punto de ser algo.

Al principio me daba miedo descubrir el juego, cogerle una mano y besarla, o emborracharme otra vez y caer a sus pies gritando, algo así. Pero no lo haría, claro. Era como la recién casada que vuelve a casa a toda prisa para contarle a su maridito que el embarazo está confirmado, y que de pronto se siente tímida y extraña ante la visión de cosas familiares, el sombrero de él, ese sofá nuevo, la fregadera de la cocina. En medio de la vieja vida yo

estrechaba este flamante secreto contra mi pecho. Me daba una sensación extraña de dignidad, de sabiduría serena. ¿Es para esto realmente el amor, para prestarnos una nueva concepción de nosotros mismos?

Mi voz me parecía más suave, todos mis actos parecían impregnados de una grandeza melancólica. Mi sonrisa, levemente veteada de tristeza, era una serena bendición al mundo.

Había temido también que Otilie llegase a descubrirlo, al mostrar yo una frialdad súbita. Pero en realidad pasé a ser más cariñoso con ella. Hasta Edward empezó a caerme simpático; y con el niño se me caía la baba claramente (a distancia segura). Estaban más cerca de Charlotte, en el mundo ordinario de los desayunos y de irse a acostar, de lo que pudiese yo estarlo jamás. Y eran los guardianes de lo más valioso de todo, del pasado de ella. El que no pudiesen tener la menor esperanza de lograr la misma proximidad a ella que yo, con mi amor, era algo que no se les podía reprochar, solo podía compadecerlos por ello. Me pasaba horas, como una araña sonriente, tejiendo redes para atraparles y que hablasen de ella, pero de modo que pareciese siempre que habían sacado ellos el tema a colación. Lo más difícil era impedirles perderse en otras cosas. Entonces me veía obligado a actuar a la desesperada y, con una despreocupación estudiada, intervenía diciendo: «Lo que decías de Charlotte, era interesante, ¿es cierto eso de que no tuvo ningún novio antes de Edward?». Me brillaba una brasa de pánico brevemente bajo el esternón cuando Otilie hacía una pausa y me miraba, sorprendida, supongo, por la incongruencia que entrañaba el hecho de unir palabras como *Charlotte* y *novio*.

Ser un hombre con un secreto era un papel que no me dejaba ni un respiro. A veces casi perdía de vista a la propia amada en la abundancia exuberante de mi misión. Cuando tenía a Otilie entre mis brazos procuraba cuidadosamente no hablar por miedo a gritar el nombre equivocado... pero había momentos también en que no estaba seguro de cuál era el correcto y otros, incluso, en que ambos se fundían. Al principio había conjurado la presencia de Charlotte solo para que fuese testigo de los ejercicios gimnásticos que tenían lugar en mi estrecha cama, para que se inclinase sobre nosotros, sobre Otilie y sobre mí, con la atención desconcertada de un espíritu puro de la noche, inmune ella misma al prurito de la carne aunque llena de ternura hacia aquellos tristes mortales que se debatían entre las sábanas, pero llegó un momento en que esto no bastaba, el hada tuvo que plegar sus delicadas alas, desprenderse de sus sedosos jirones, y, con un suspiro de resignación jubilosa, unirse a nosotros. Y entonces el cabello rubio

de mi chica humana se hacía negro a la luz de la luna, sus dedos eran pálidos, y se convertía en algo nuevo, ni ella ni la otra, sino una tercera... ¡Charlottilie!

Había una cuarta persona, también, que era aquella otra versión de mí que se mantenía a distancia, observando el fenómeno de aquel amor y mis bufonadas correspondientes con sonrisa burlona, con desconcierto y con vergüenza a veces. Era él quien continuaba, no diré amando, valorando a Otilie, su alegría y su generosidad, su paciencia, la pasión dolorida que me prodigaba. ¿Había, pues, otra Otilie también, una compañera autóctona de aquel otro yo? ¿Estaba todo Ferns dividiéndose así, multiplicándose, como las amebas? En aquel desove de yos múltiples parecía ver yo la fuerza sobrecogedora de mi amor, lo que servía a su vez para convencerme cada vez más de su autenticidad.

Puede que esta sensación de desplazamiento explique el fenómeno más extraño de todos y el más difícil de explicar. Era la idea de un tiempo fuera del tiempo, de aquel verano como unidad autóctona diferenciada del tiempo del mundo ordinario. Los acontecimientos sobre los que leía en los periódicos no eran irreales, solo reales *fuera de allí*, e irremediabilmente intrascendentes; Ferns, por otra parte, en su rutina diaria, era inexplicablemente extraño, irreal, y sin embargo hipnóticamente intenso en su irrealdad. No había ninguna sensación de vida haciéndose a sí misma desordenadamente instante a instante. Todo se había vivido ya, y no hacíamos más que seguir pautas establecidas, como si en realidad no estuviésemos viviendo, sino recordando. Lo mismo que con Otilie me había visto premonitoriamente en mi lecho de muerte, ahora veía aquel verano como formando parte ya del pasado, inmutable, cristalino y perfecto. El futuro había dejado de existir. Me dejaba llevar flotando indolente como un nadador en el Mar Muerto, acariciado todo por una sopa azul caliente de intemporalidad. Hasta volví al libro, en parte. Necesitaba algo en lo que concentrarme, un anclaje en aquel mundo a la deriva. ¿Y qué mejor soporte para el papel de amante sin esperanza que un libro grande y gordo? Sentado a mi mesa, delante de la ventana y de las lilas iluminadas por el sol, pensaba en Canon Koppernigk en Frauenburg, en Nietzsche en el Engadine, en el propio Newton, en todos aquellos héroes encumbrados y fríos que renunciaron al mundo y a la felicidad humana en pos del juego grande del intelecto. Un hermoso cuadro... pero muy poco auténtico. Trabajo de verdad hice muy poco. Escribí una o dos frases, reordené un párrafo, corregí unos cuantos solecismos e inevitablemente volví a la segunda, y la más larga, de esas dos

cartas tan extrañas a Locke, aquella en la que Newton habla de que ha hallado *un medio de explicar la naturaleza del mal, si se trata de un mal, que me afligió el verano pasado*. Tenía la impresión de que esa carta había pasado a ocupar el centro de mi obra, quizá también de la de Newton, que reflejaba y paralizaba todo lo demás, lo mismo que la imagen de Charlotte contenía, como en un espejo convexo, todo el mundo de Ferns. Es el único caso en toda la correspondencia de Newton en que este intenta entender y expresar su yo más íntimo. Y algo se expresa, se entiende, se perdona incluso, si no en las propias líneas sí entre líneas, donde palpita una tensión conmovedora y extraña. Tenía tantas ganas de saber qué le había pasado y de decirlo, como si el mero hecho de decirlo significase una redención. Menciona, con una calma insólita, la crítica de Locke a los absolutos de espacio, tiempo y movimiento sobre los que se basa la imagen del universo mecanicista de los *Principia* y parte de nuevo al trote, pero sin mostrar del todo la vieja convicción, sin la defensa de que tales absolutos existen en Dios, que es lo único que se les pide. Y luego empieza a hablar de pronto de las excursiones que hace entonces por las orillas del Cam, y de sus encuentros, no con los grandes hombres de la universidad, sino con comerciantes, con los que venden y hacen cosas. *Parecían tener algo que contarme; no de sus oficios, ni siquiera de cómo rigen sus vidas; nada, creo, en palabras. Ellos mismos son, no sé si lo entenderá, las cosas que podrían contar. Son todos una forma de decir*. Y ahí se interrumpe, el resto de esa página es ilegible (¿quizá porque quedó chamuscada?). Lo único que queda es el breve final: *Mi querido doctor, no espere más filosofía de mi pluma. El lenguaje en el que podría conseguir no ya escribir sino pensar no es ni el latín ni el inglés, sino un lenguaje ninguna de cuyas palabras me es conocida; un lenguaje en el que me hablan las cosas vulgares; y en el que quizás un día tenga que justificarme ante un juez desconocido*. Luego viene esa firma fría, valerosa, casi tallada: *Newton*. ¿Qué quería decir, qué fue lo que le dijeron aquellas cosas vulgares, qué secreto impartían? Y así seguía yo sentado a la sombra de las lilas, alimentando un amor sin correspondencia posible y leyendo el testamento de un difunto, intentando entenderlo.

**F**uese lo que fuese lo que había sentido por Otilie al principio, no quedaba mucho ya salvo lujuria e irritación, y una especie de compasión malhumorada. Ella percibía el cambio, claro, y había empezado a sondearlo. Venía a la caseta del guarda más a menudo, como para poner a prueba mi capacidad de resistencia. Decía que quería quedarse toda la noche, no le importaba lo que pensasen en la casa. Luego me miraba, sin hacer caso a mis excusas, solo pendiente de mis ojos y sin decir nada. Empecé cautamente a intentar liberarme. Hablaba mucho de libertad. ¿Por qué atarnos? Aquel verano terminaría. Ella era demasiado joven para despreciar los mejores momentos de su vida con un investigador seco. Achicaba los ojos. Yo me preguntaba también qué era lo que pretendía... pero no, eso no es verdad, lo sabía de sobra. Era algo tortuoso y despiadado y horriblemente placentero. ¿Quién conoce mejor el dulce picor del poder que el amante desencantado que renuncia a toda pretensión de fidelidad? Me imaginaba su piel conocida mancillada por algún otro ser sin rostro, pero cómo me complacía saber que no tenía más que dar un levísimo tirón a las riendas para que volviese corriendo a mí, flotante en su regazo.

Vuelvo la vista hacia mí en aquellos días, y no me gusta lo que veo.

Pasábamos horas en la cama, se nos escurrían entre las sábanas tardes enteras. Inventábamos nuevas posiciones, variaciones absurdas que nos dejaban jadeando, con las fibras estremecidas. Me hacía atarle las manos y amarrarla a sillas, a las patas de la cama. Hacíamos el amor en el suelo, apoyados en las paredes. Si no hubiese existido la posibilidad de que surgiese Michael de entre los matorrales me habría arrastrado desnudo fuera, a la hierba, para hacerlo allí. Cuando sangraba, ideábamos todo un manual de soluciones de compromiso. Ninguna bruja habría sido capaz de trabajar en su arte sombrío con mayor diligencia que ella.

A veces esta hechicería frenética de los sentidos me asustaba. Acucillado delante de ella con la cara en su regazo, mirando con fascinación silenciosa el vello pardusco y los pliegues de un tinte violeta de su sexo, sentía de pronto que algo se alejaba torpemente de mí, una semicriatura fabricada por nosotros, lastimada y doliente, que arrastraba una extremidad ennegrecida por

el suelo y que chillaba suavemente. Era una imagen de culpa, de mi vergüenza y de su desesperación, del simple temor a que pudiese quedar embarazada, y de cosas demasiado profundamente sepultadas. Su contrapartida, la luz de aquella oscuridad, era la pálida presencia de una tercera persona siempre con nosotros, que era mi truco conjurador privado. «¡Mírame! —decía Otilie—. ¡Mírame cuando lo haces, quiero que me veas!». Yo la miraba, eso era fácil. Pero después de aquellos accesos de troilismo espectral casi no me atrevería a mirar a Charlotte.

Curiosamente, parecía ver entonces a Otilie con más claridad que nunca. Retirándome de mí, ella adquiría la alta definición de una imagen vista a través del otro lado de un telescopio, definida, pequeña, completa en todos los detalles. Yo había dado por supuesto desde el principio, de todos modos, que la entendía completamente, así que no había ninguna necesidad de especular mucho acerca de ella. Supongo que por eso no le había preguntado nunca nada sobre el niño. Me parece increíble ahora, que no lo hiciese. No podía haber tenido más de dieciséis años cuando lo tuvo. ¿Quién era el padre... algún peón agrícola o un mozalbete local, un buhonero errante quizá que había llamado a la puerta un día y la había cautivado con su palique y sus picaros ojos? Nunca dudé que la madre era ella. Pero ella no decía nada, ni yo tampoco, y al pasar las semanas y los meses aquella pregunta no formulada se quedó como ajada, como uno de esos carteles inmensos de la carretera tan gastados ya de tanto mirarlos, cuyo mensaje ha enmudecido.

No recuerdo exactamente cuándo empezó a tintinear sus huesos este esqueleto oculto con una insistencia nueva en el armario de los Lawless. Quizá el día de la fiesta de Michael, cuando me volví en mi ensueño ante el piano y los vi a los tres, Otilie y Edward y el niño, bajo la luz norteña, junto a la ventana, como modelos de la *Virgen de las Rocas*, aunque probablemente esté fantaseando. Lo cierto es que fue después, antes de que empezase a cavilar afanoso, cuando mi amor por Charlotte exigía otras conspiraciones más grandes para que le hiciesen compañía. Entonces fluía todo y era posible cualquier cosa. Un domingo, por ejemplo, Otilie comentó sobre la marcha que había eludido la expedición de la familia a misa para estar conmigo. ¿Misa? ¿Eran *católicos*? Toda mi idea de ellos tenía que revisarse.

Luego llegó el día que ella me gastó aquella broma insólita. Vino a la caseta del guarda, sin aliento y con una sonrisa taimada. Edward y Charlotte se habían ido a Dublín, Michael estaba en la escuela. «¿Bueno?», dijo, las manos en los bolsillos, los hombros encogidos, sonriendo y balanceándose, imitando a alguna estrella de cine; «nunca has visto mi habitación». Subimos

por el camino bajo los sicómoros. Era un día dieciochesco, barrido por el viento y claro, las vistas todas pequeñas y agudamente definidas, como pintadas en porcelana. Los árboles tenían ese verde seco y desvaído que preludia el cambio. Impulsado por presagios de tristeza otoñal la cogí de la mano y recordé de pronto, intensamente, aún puedo acordarme, la primera vez que se me había mostrado desnuda. Se detuvo en el recibidor y miró en torno, el reloj, el espejo, el palo de *hurley* en el paragüero. Suspiró. «Odio este lugar», dijo, y la besé en los labios entreabiertos con una dulce sensación de pecado. La visión del cuarto del niño nos enfrió; lo pasamos furtivos. En la puerta siguiente titubeó un momento, mordiéndose el labio y luego la abrió de golpe. La cama era una bestia enorme achaparrada con volutas y protuberancias de madera. Olía a ropa rancia y a colorete. El empapelado de flores se hinchaba en un rincón en una mancha húmeda. ¿Hay algo más empalagosamente íntimo que la atmósfera de los dormitorios de otras personas? Por la ventana se divisaba el prado y más allá la caseta del guarda. «Ya veo que puedes vigilarme», dije y me eché a reír lúgubrementemente, como un viajante en un prostíbulo. Ella dirigió una mirada vaga hacia la ventana. Estaba ya medio desnuda. En la almohada había un cabello negro, como una pequeña fisura en un esmalte.

Estuvimos largo rato echados sin movernos, en silencio, sin deseos. Un paralelogramo de luz iba desplazándose furtivo en el suelo bajo la ventana. Vi recortarse en el cielo pálido una bandada de pájaros que giraban silenciosamente a gran altura sobre los campos. Afloró un recuerdo de infancia, se detuvo un instante, mostrando el oro de sus aletas que se movían perezosamente, y volvió a sumergirse sin quebrar la superficie. Besé la húmeda espesura de su axila. Me acarició la mejilla. Empezó a decir algo, se interrumpió. Me di cuenta de que intentaba sacárselo de la cabeza. Esperé; lo diría. Hay momentos así, iluminados, quietos, en que el temor más grave y hondo del corazón aflora con la inocencia ensoñadora de un barco de papel en un estanque.

—Has perdido interés —dijo—, ¿verdad?, ¿eh?

Por un rincón de la ventana asomó una nubecita, como una bocanada de humo blanco. El verano es la estación más tímida.

—¿Por qué dices eso?

Sonrió.

—No irás a decirme que no es cierto.

Tenía una forma de mirarme fresca y vacilante, como si hubiese localizado un pequeño defecto en las pupilas de mis ojos y se preguntase si

debía mencionarlo o no.

—No es verdad.

—¿Puedo considerar que eso significa que me quieres?

—Oh, todo eso del *amor* —dijo cansinamente—, estoy cansado de él.

—¿Qué amor? —dijo lanzándose sobre aquello, como si fuese la respuesta acertada de un juego de palabras.

—¿Ves aquella nube? —dijo—. Eso es amor. Viene, recorre deslizándose el azul del cielo y luego...

—Se va.

Silencio.

Se incorporó en la cama, abrazando la sábana.

—Bueno —dijo con viveza—. ¿Quieres que te diga una cosa?

Su rostro sobre mí, en escorzo, esmaltado por la luz reflejada, fue durante un instante una máscara oriental.

—Esta no es mi habitación.

—¿Qué? Entonces, ¿de quién...? —sonrió—. ¡Dios mío, Otilie!

Me levanté de un salto como un gato escaldado y me quedé de pie, desnudo y horrorizado, mirándola. Se echó a reír.

—Tendrías que verte la cara —dijo—, estás todo rojo.

—Tú estás loca.

Era una sensación extraordinaria: repugnancia y una especie de pánico e, increíblemente, tumescencia. Me giré, buscando la ropa. Tenía la impresión de haberme convertido en cristal, era como si el mundo pudiese brillar a través de mí sin obstáculo: como si fuese de pronto una sombra de azogue en la fantasía de espejo de otro. ¿Qué se había apoderado de ella, para llevarme allí? ¿Acaso no era el único que se entregaba a conspiraciones de riesgo sexual y de renuncia?

—Voy a hacer pis —murmuró, y salió de la habitación. Me vestí y me mantuve a raya allí, respirando por la boca para no aspirar el aroma liso e insinuante de las intimidades de otras personas. Solo podía pensar en la tosquedad de Edward, en cómo manipulaba cosas con aquellos dedos suyos de salchicha. Un libro experimentaría una erupción en sus manos como un pájaro aterrado, las páginas aleteando, la cubierta batiendo, mientras él miraba a otra parte, hablando por encima del hombro, hasta que el objeto, con un frágil crujido, caía inerte, el lomo roto; y luego él lo miraría con una especie de desconcierto culpable. ¿Cómo podía yo estar haciéndole aquello a un hombre como aquel? ¿Haciendo qué? Comprendí que sentía lo que habría

sentido si le hubiese puesto los cuerpos. Regresó Otilie. Se sentó a un lado de la cama y cruzó los brazos.

—Tengo frío.

—Por amor de Dios, Otilie...

—Bueno, ¿qué tiene de malo? —dijo—. Ellos nunca lo sabrán.

Alzó la vista hacia mí rencorosamente, con un mohín, una niña grande desnuda.

—Creí que te gustaría... aquí... nada más.

—Estás *loca*.

—No, no lo estoy. Sé cosas —astutamente—, podría contarte cosas.

—¿Qué significa eso?

—Tendrás que descubrirlo solo, ¿no? Tú no sabes nada. Crees que eres muy listo, pero no sabes nada.

Le di una bofetada. Sucedió tan deprisa, con una precisión tan sorprendente, tan gratificante, que no estaba seguro de no haberlo imaginado. Se quedó sentada completamente quieta, luego alzó una mano hasta la mejilla enrojecida ya. Empezó a llorar, sin emitir sonido alguno.

—Perdona —dije. Salí de la habitación y cerré la puerta con cuidado como si la más leve violencia desparramase los fragmentos de algo roto ya pero que se sostuviese precariamente aún. Fuera, bajo la luz normal de la tarde, seguía sintiéndome irreal, pero podía al menos respirar libremente.

Aquella tarde habría de contaminarlo todo. Miraba a los demás con una perspectiva nueva, llena de recelos. Estaban transformados, lo mismo que se transforma alguien a quien conoces de toda la vida después de aparecer, todo amenaza y risa demencial, en un sueño semirrecordado. Hasta entonces habían sido cada uno de ellos una entidad diferenciada. No había pensado en ellos como marido y mujer, madre, hijo, sobrino, tía (¡tía!), pero de pronto eran una familia, un organismo misterioso, cerrado. Se me planteaban preguntas sorprendentes. ¿Qué significaban en realidad uno para otro? ¿Qué sentía Charlotte por el niño? ¿Les fastidiaba a Edward y a ella la presencia de la huérfana Otilie? ¿Estaban las mujeres celosas entre ellas, se vigilaban recelosamente, como hacíamos Edward y yo? ¿Y qué pensaban todos ellos de mí, cómo se comportaban cuando yo no estaba, hablaban de mí? ¿Qué veían cuando me miraban?... una especie de sombra, una ilusión óptica, un fantasma que se ha hecho familiar, del que nadie se asusta ya... Sentía en su presencia una timidez nueva, torpeza. Era como un antropólogo desconcertado que se da cuenta de que lo que había tomado durante varios

meses por el embrollo de la vida normal de la tribu es en realidad una inmensa y compleja ceremonia, en la que el más mínimo gesto está predeterminado y es vital, en la que él es la única pieza que no encaja.

Todas las preguntas se resumían en una sola: ¿Por qué había escogido ella *aquella* habitación?, ¿un impulso?, ¿simplemente una broma?, ¿o tenía algún indicio de aquel baile delicado que estaba ejecutando yo con Charlotte en mi mente (*Yo creí que podía gustarte... aquí...*)? Y en ese caso, ¿sospechaba Charlotte, Dios mío, había sentido ella cuando me había acercado que se aproximaba algo a ella y la acariciaba tímidamente, la extremidad pálida y húmeda de mi anhelo? Hay personas a las que no puedes imaginar, nunca, *haciéndolo*, pero de pronto me era imposible dejar de especular sobre el mundo nocturno de Ferns. ¿Por qué no tenían hijos Charlotte y Edward? ¿Cuál de los dos era...? Los nombres tejían una red de confusión en mi mente. Empecé a tener sueños espeluznantes en los que ellos cuatro se deslizaban y se escurrían, se unían y se separaba, intercambiaban nombres, rostros, voces, como en una obscena fantasía surrealista. Tendido en la cama en la caseta del guarda intenté imaginar a Edward allí, más joven, menos embrutecido, vigilando al viejo, al padre de Charlotte, esperando que muriera, plantando su derecho a Ferns mediante la seducción de la hija, quizás en aquel mismo colchón... Me incorporé, con la misma brusquedad con que lo había hecho aquel día en aquella otra cama. Estaba sudando. La chica que mis fantasías febriles habían puesto en los brazos de Edward no era Charlotte. Fuera, en el bosque, cantó una ave nocturna. ¡Dieciséis, Dios santo, ella solo tenía dieciséis años!

Imposible.

Llegó el mal tiempo. Desperté en plena noche con un estruendo de naufragio, un mástil tronchado, marineros condenados gritando al viento. Por la mañana, cuando miré por la ventana de la cocina, el panorama había cambiado. La tormenta había derribado un árbol. Yacía, un gran cadáver varado, en una confusión de zarzas y ramas retorcidas a unos centímetros del final del gablete de la caseta del guarda. El día tenía un aspecto desdichado, barro por todas partes y nubes de granito suspendidas sobre los campos. Fui aplastando caracoles a mi paso. Había terminado el verano.

Por el camino bajaba Edward con un impermeable astroso y un sombrero de *tweed* ridículo.

—Vaya noche, ¿eh? —miró el árbol caído—. Dios santo, anduvo cerca, casi te engancha.

Me resultaba difícil mirarle a la cara, así que examinaba sus extremidades, los zapatos pardos claveteados, el pantalón de sarga, los puños del impermeable. ¿Era imaginación mía o estaba encogiéndose?; la ropa parecía hecha para alguien más corpulento. El frío le daba un aire espectral, tenía la cara hinchada y cenicienta. Otra mala noche. ¿Dónde bebería? Le había visto entrar una o dos veces en el bar del hotel del pueblo, pero últimamente no salía de casa. Quizá tuviese una reserva oculta de botellas debajo de las tablas del suelo, al fondo del armario de la ropa blanca, como dicen que hacen los borrachos domésticos. O quizá bebiese abiertamente, ignorando la mirada de Charlotte.

—Ese árbol lo planté yo mismo —dijo—, Lotte y yo, un día.

Alzó la vista, sonriendo mansamente, se encogió de hombros. Luego dijo:

—Eso es que se ha acabado el verano.

Llegaba de él algo, una especie de petición muda. ¿Qué pedía, comprensión? Tuve miedo a que empezase otra vez a divagar sobre las mujeres, la vida y el amor. Me brotó en la garganta, atragantándome, un chorro cálido de menosprecio. Él lo notó porque se echó a reír moviendo la cabeza y dijo:

—Eres un hombre duro.

No pude apreciar el tono al principio, luego me di cuenta de que era él el que se mostraba comprensivo *conmigo*. ¡Dios Santo! Le miré fijamente... ¡de rodillas, miserable!... pero él se limitó a reírse de nuevo y luego dio la vuelta y se fue.

Aquella noche al subir a la casa me encontré en el recibidor a un hombre de rostro alargado y rojizo que vestía un traje azul. Me hizo un guiño, y se pasó un dedo por la bragueta. Arriba, sobre nuestras cabezas, el lavabo aún se recuperaba ruidosamente de su visita.

—Este mal tiempo condenado —dijo con desenfado. Entramos juntos en la sala; estaban sirviendo té en honor del visitante. Edward estaba apoyado en la repisa de la chimenea con su atuendo señorial de *tweed* y sarga, una mano en el bolsillo del pantalón moviéndose como el conejo de un conjurador. Intenté verle como un seductor. Era asombrosamente fácil. Más joven, pelo bien peinado hacia atrás, acercándose furtivamente a ella. ¿Me das un beso? Te diré una cosa Charlotte. Ah, no quieres ahora. ¡No seas tonta! Vaya vaya, que lindas tetitas... Charlotte me miraba con mudo desánimo: se había olvidado de que era domingo. Malo. Las visitas eran raras, yo no estaba

dispuesto a perderme aquello. Se acercó a nosotros rápidamente, las manos extendidas como alguien dispuesto a intervenir para acabar con una pelea.

—El señor Prunty está en el negocio de las semillas.

Miré con interés al señor Prunty. Me hizo otro guiño.

—Vamos a tomar un trago —dijo Edward.

Charlotte se volvió rápidamente:

—¡El té está listo!

—Bueno, está bien —dijo él encogiéndose de hombros.

Entraron Otilie y el niño.

El señor Prunty era un gran conversador y un gran comedor; su risa hacía temblar la mesa. Intentaba comprar el semillero. Sospecho que tenía ya un cierto dominio sobre los Lawless. Cuando se mencionaban cuestiones de negocios se mostraba sumamente evasivo. Le examiné. Le había visto antes: correspondía a un tipo. Después de hacer dinero buscaba estilo y clase. Miraba a los Lawless con una especie de tierna indulgencia. Le encantaban, eran un mercado maduro. No había modo de pararle. Amable, cordialmente, les libraría de Ferns. Acabaría convirtiéndose en un patricio, cambiaría de nombre, quizá, engendraría una camada de hijas pálidas y neuróticas que se sentarían en aquella habitación a hacer punto y a escribir novelas históricas.

—Es una oferta justa —decía muy serio, echando un vistazo alrededor de la mesa, con un trozo de comida pinchado en el tenedor en suspenso delante—. Yo creo que es una oferta justa.

Y se echó a reír.

Ellos le miraban, lúgubrementemente, puede que algo estúpidamente, como un grupito de suplicantes llegados de la ciudad saqueada a pedir clemencia ante la tienda del emperador. Yo no había hablado con Otilie desde aquella tarde en el dormitorio de los Lawless. Edward tosió.

—Bueno... —empezó.

Charlotte, que había estado mirando al hombre corpulento de azul con fascinación hipnótica, salió de su trance.

—Él está escribiendo, sabe —le dijo al señor Prunty señalándome—, un libro, sí. Sobre Newton. El astrónomo.

Todos los ojos se volvieron hacia mí, como si hubiese descendido en aquel instante del cielo entre ellos.

—¿Es cierto eso? —dijo el señor Prunty.

La mirada de Charlotte era suplicante.

—¿Verdad que sí?

Me encogí de hombros.

—*Estaba*. —Esperaron; yo empecé a sonrojarme—. Pero parece que lo he dejado...

—¿Cómo? —intervino Otilie, gélidamente alegre—. ¿Y qué haces, entonces?

No quería mirarla.

—Sí —dijo el señor Prunty después de una pausa—. Bueno, como estaba...

—¿Lo has dejado? —dijo Charlotte. Podría haber salido de un jardín de oscuras delicias de Cranache con sus ojos dolientes, su pálido rostro acorazonado, aquellas manos.

—Como Newton —dije—, él también lo dejó.

—¿De veras?

—La cuestión no es el dinero —decía Edward—, ese no es el asunto principal.

El señor Prunty, que estaba recortando la grasa de una loncha de jamón, frunció los labios e hizo como si se esforzara por no sonreír.

—Sí —dije—, su obra, su astronomía, todo. Tenía cincuenta años; se volvió un poco loco.

—No lo sabía —dijo ella.

Michael miró a su alrededor cautelosamente y luego se metió en la boca la hoja del cuchillo llena de mermelada.

—¿Y por qué lo hizo?

—Ferns es una cosa de familia —dijo Edward hoscamente—; hay una tradición aquí.

—Porque...

—¡No hagas eso! —chilló Otilie. Michael sacó despacio el cuchillo de la boca, mirándola.

—Oh, cierto, cierto —dijo suavemente el señor Prunty—, los *Graingers* llevan mucho tiempo en esta casa.

Charlotte se estremeció ligeramente, con una mano en el cuello desnudo. ¡Oh, Isaac, apresúrate, ayúdame!

—Porque había de tener ciertos principios —dije, mírame, sigue mirándome—, ciertos absolutos de de de, de espacio, tiempo, movimiento en los que apoyar sus teorías. Pero el espacio, el tiempo y el movimiento (latidos, latidos leves, leves latidos del corazón) solo pueden ser relativos, para nosotros, él llegó a esa conclusión, tuvo que admitirlo, tuvo que dejarlos libres y al dejarlos libres (oh amada mía) todo lo demás se fue con ellos.

—¡Ah!

Asomó en el marco de la ventana una enorme nube oscura.

—Bueno —dijo Prunty, derrotado al fin—, yo ya he hecho mi oferta, espero que la consideren.

Yo tenía el regazo húmedo. Charlotte se volvió hacia él fríamente, como si no hubiese pasado nada en absoluto, y dijo:

—Por supuesto, gracias.

Hubo algo más de charla, el tiempo, las cosechas, y luego se fue. Charlotte le acompañó hasta la puerta.

—Maldito especulador —dijo Edward y bostezó. El pie de Otilie tocó el mío bajo la mesa, se retiró y luego volvió sin el zapato. Supongo que había captado un cierto aroma de animal en celo y había creído que el rastro conducía hasta ella. Charlotte se detuvo en la puerta cuando regresó.

—¿Fue un relámpago?

Nos volvimos expectantes hacia la ventana. Lluvia, luz gris, una rama temblando. ¿Por qué recuerdo con tanta claridad esas pequeñas escenas? Porque parecían en cierto modo preparadas, lo mismo que parecen preparadas ciertas escenas de calle, en zonas residenciales tranquilas, en atardeceres de verano ensoñadores, ese buzón, la furgoneta aparcada, un árbol en su caja de alambre y una pelota roja que rueda inocente cuesta abajo por esa calle en la que entra a toda velocidad un camión. Estalló sobre nuestras cabezas el estrépito terrible de un trueno.

—¡Dios santo! —dijo Edward en voz baja. Se volvió a Charlotte. Había aparecido de pronto un vaso de whisky en su mano como por arte de magia.

—Bueno —dijo—. ¿Qué piensas?

Ella movió la cabeza.

—Mira, tarde o temprano tendrás que vender —dijo.

Hubo un silencio y volví a tener la sensación de que todos ellos apartaban la vista de mí hacia alguna eminencia negra y terrible que solo ellos podían ver.

—Tendremos —dijo Charlotte, tan bajo que apenas lo oí—, *tendremos*, querrás decir.

Los oí pelearse durante mucho tiempo, oí portazos, la radio a todo volumen y silenciada de pronto, y a Edward chillando entre pausas en las que me imaginaba a Charlotte llorando, su rostro una flor lavada por la lluvia alzándose implorante hacia el de él. Empecé más de una vez a subir hacia la casa, con la extraña idea de llamarle, y luego desistí impotente, los puños como caricaturas apretados ante mí. Cesó la lluvia y el sol tardío llenó

brevemente el huerto y empezó a cantar un mirlo absurdo en el atardecer empapado. Me sentía vagamente enfermo. Me hervía en el estómago un nudo de nervios. Oí por fin cerrarse con fuerza la puerta de entrada y el coche bajar por el camino y enfilarse hacia la ciudad. Bebí un vaso de coñac y me acosté. Aún estaba despierto cuando llamaron a la puerta. Me levanté de un salto. Pero era solo Otilie. Sonreía con timidez burlona.

—¿Se me permite entrar?

No dije nada y le serví un coñac. Me observaba, sonriendo aún, y mordiéndose el labio.

—Perdona, oye —dijo—, lo del otro día. Fui una tonta...

—Olvídalo. Perdona que te pegara. Toma. Salud.

Me senté en el sofá, apretando el vaso contra el estómago aún revuelto. Señalé con la cabeza hacia la casa.

—Menuda bronca.

—Está borracho —dijo ella.

Daba vueltas por la habitación sin rumbo, mirando las cosas, las manos embutidas en los bolsillos.

—Tenía que salir. Ella está allí sentada, drogada del todo haciéndose la mártir como siempre. Es difícil mostrar comprensión siempre... —me miró—, ¿entiendes?

La luz se esfumaba deprisa. Ella encendió una lámpara, pero la bombilla estalló al instante chisporroteando.

—Jesús —dijo con hastío. Se sentó a la mesa y se llevó una mano a la cabeza.

—¿Qué pasa? —dije—. ¿Van a vender esto?

—Tendrán que hacerlo, me imagino. No están demasiado contentos con el viejo Prunty. Pero acabará consiguiéndolo, está podrido de dinero.

—¿Qué harás tú entonces?

—No sé —rio entre dientes y dijo, con lo que ella llamaba su voz de ginebra y niebla—: ¿Por qué no me haces tú una oferta?... Oh, no pongas esa cara de susto, es una broma.

Se levantó y entró en el dormitorio. Oí el roce suave mientras se desvestía. Me acerqué y me quedé parado en la puerta. Estaba ya en la cama, sentada y mirando al frente bajo la luz de la lámpara, las manos enlazadas sobre la manta, igual que una efigie. Se volvió a mirarme.

—¿Bueno?

¿Por qué sería que cuando se quitaba la ropa su cara parecía siempre más desnuda que el resto de ella?

—Él no es un gran vendedor —dije.

—¿Edward? Era diferente, antes.

—¿Antes de qué?

Siguió mirándome. Supongo que le parecía un poco raro, los ojos achicados, la mandíbula adelantada; recelo, irritación, celos... ¡celos!... picores a los que no podía llegar para rascarlos. Dijo:

—¿Por qué tanto interés, así de pronto?

—Quería saber qué pensabas de él. Nunca le mencionas.

—¿Qué quieres que diga? Él está triste, ahora.

Me acosté a su lado. El mirlo seguía cantando en la oscuridad, volcando su incauto corazón.

—Voy a irme —dije; ella estaba completamente inmóvil; carraspeé—. Dije que voy a irme.

Asintió.

—¿Cuándo?

—Pronto. Mañana, el fin de semana, no sé. —Yo pensaba en Charlotte. Irme: era irreal.

—Se acabó, entonces.

Su rostro era un borrón manchado de lágrimas. La abracé. Estaba húmeda y caliente, como si cada poro fuese un pequeño conducto de lágrimas.

—Quiero decírtelo —dijo, al cabo de un rato—, cuando me pegaste aquel día y me fui, estuve en la cama de ellos durante muchísimo tiempo haciendo el amor conmigo misma y llorando. Pensaba constantemente que volverías, que me pedirías perdón, que buscarías un paño húmedo para ponérmelo en la cara. Qué estúpida.

—¿Quién es el padre de Michael? —dije yo.

No mostró la menor sorpresa. Se rio incluso: ¿era eso lo único que se me ocurría?

—Un tipo que trabajaba aquí —dijo.

—¿Cómo se llamaba?

—No me acuerdo.

—¿Qué fue de él?

—Se marchó. Como la chica. Y Charlotte adoptó al niño. Ella no podía tener.

No. No.

—Mientes.

Pero no me estaba escuchando, en realidad, estaba atenta al riachuelo continuo de dolor que había brotado dentro de ella. Me apoyó la frente en la

mejilla.

—Sabes —dijo—, a veces creo que no existes en absoluto, que eres solo una voz, un nombre... no, ni siquiera eso, solo la voz, que habla y habla. Oh, Dios mío. Oh, no —furiosa consigo misma y sin embargo incapaz de contener los grandes sollozos líquidos que empezaron a estremecerla—, oh, *no* —y se desmoronó completamente en mis brazos gimiendo, apretando su cara contra la mía, los hombros estremecidos. Yo estaba horrorizado, estaba... no, digamos simplemente que estaba sorprendido, eso es lo peor de todo. Tras ella, la obscuridad acechaba en la ventana, silenciosa, suavemente inquisitiva. Se apartó de mí, desvió la cara.

—Perdona —dijo jadeando—. Perdona, pero nunca me he entregado así a nadie y es duro —y los sollozos la estremecieron—, es muy duro.

—Vamos, vamos —dije como un imbécil, desvalidamente—. Vamos, vamos.

Me sentía como alguien que ha dejado imprudentemente caer algo y que se da cuenta demasiado tarde, con los fragmentos esparcidos alrededor, de lo valioso que era aquel objeto en realidad. El resplandor de un relámpago iluminó la ventana y la lluvia empezó a caer de nuevo con un leve zumbido. Se limpió la nariz con el dorso de la mano. Las lágrimas seguían fluyendo, como si no tuviesen fin, pero ya no se daba cuenta de ellas.

—Supongo que ya estás harto de mí —dijo, y se echó en la cama y se estiró de lado y, de pronto, se quedó dormida, dejándome solo al cuidado de mi conmoción y mi corazón frío.

**H**emos de suponer que Edward fue aquella noche a la ciudad, y no al pueblo, como luego se dijo. Hay dos pruebas que contradicen esta última posibilidad. Primera, la dirección en la que yo le había oído alejarse. Si se hubiese dirigido al pueblo, el rumor del coche se habría esfumado rápidamente como si cayese de la cresta de la colina; pero fue perfectamente audible durante un buen rato, dato que confirma que el motor se desplazó hacia el oeste, siguiendo la carretera principal, cuyo descenso es mucho menos pronunciado que el de la carretera de la colina, que lleva al pueblo. En segundo lugar, está la cantidad bastante considerable de bebida que había consumido, como se haría evidente luego. En aquel período los taberneros del pueblo, el del hotel y los de los bares de los que el lugar está generosamente dotado, sabían de sobra que no tenían que servirle los whiskys dobles interminables que solía pedir.

Sin embargo, su ida a la ciudad (por acuñar la frase) no explica el período de tiempo considerable transcurrido entre la hora de cierre (las once y media en verano) y la de su regreso a Ferns, las dos y media aproximadamente. Solo podemos hacer conjeturas respecto a lo que sucedió en esas horas «perdidas». ¿Se encontró a un amigo (si es que tenía amigos) en cuya casa pudo acogerse? La ciudad no cuenta con un burdel,<sup>[1]</sup> en consecuencia esa posibilidad puede eliminarse. ¿El muelle entonces, el coche aparcado, las luces encendidas, la radio ronroneando sola desoladamente, y detrás del parabrisas en sombras la mirada fija de suicida? ¿Pudo estar allí, solo, unas tres horas? Puede que se durmiera. Ojalá tuviese ese alivio.

No puedo seguir. Yo no soy un historiador.

Lo primero que advertí cuando me desperté fue que Otilie se había ido. La cama estaba caliente, la almohada húmeda aún de sus lágrimas. Luego oí un coche, subiendo laboriosamente la cuesta en primera. Debí quedarme dormido un momento, las voces que se alzaron a lo lejos parecían parte de un sueño. Luego abrí los ojos y escuché echado allí en la oscuridad, el corazón latiendo con fuerza. Había en aquel silencio una atmósfera de desastre: era una secuela más que un silencio. Me acerqué a la ventana. Se encendían luces en la casa, una detrás de otra, como si alguien fuese corriendo

demencialmente de interruptor en interruptor. Me puse los pantalones y un jersey. Era una noche negra como ala de cuervo y silenciosa, olía a laurel y a tierra húmeda. La hierba me cosquilleaba los tobillos desnudos. El coche estaba empantanado en medio del camino, como un animal herido, con el motor en marcha. La puerta de la casa estaba abierta. No había nadie a la vista.

Encontré a Edward en la sala. Estaba sentado en el suelo, inconsciente, con la espalda contra el sofá, la cabeza recostada en un cojín, las manos a los costados con las palmas hacia arriba. Sobre la alfombra, entre sus piernas abiertas, había un charco de vómito veteados de sangre. Tenía la entrepierna de los pantalones manchada de vómito también. Me quedé parado mirándole boquiabierto, la repugnancia y la sensación de triunfo luchaban dentro de mí por el predominio. Sensación de triunfo, oh sí. Irrumpieron de pronto, por puertas opuestas, Charlotte y Otilie, como muñecos mecánicos de un reloj de torre. Me vieron y se pararon.

—Oí voces —dije.

Charlotte pestañeó. Llevaba una bata vieja de cuadros escoceses. Iba descalza. Más El Greco que Cranach. Nos quedamos muy callados, los tres, y luego empezamos a hablar todos al mismo tiempo.

—No pude comunicar —dijo Otilie.

Charlotte se llevó la mano a la frente.

—¿Qué? —dijo.

—No contestaban.

—Oh.

—Tendremos que...

—¿Marcaste bien el número...?

—¿Qué?

Apareció una mano en el vestíbulo, en las escaleras, un piecico descalzo, un ojo.

—Tendré que ir a la ciudad —dijo Otilie—. Dios mío.

Me miró. Aún tenía la cara congestionada de llorar. Aparté la vista.

—¡Tú vuélvete a la cama! —gritó, y la aparición de las escaleras se esfumó.

Ella se fue, con un portazo, y al cabo de un momento oímos salir el coche. Repiqueteó en la ventana grava de los neumáticos. *Ese muro, ves, allá abajo.* Charlotte suspiró.

—Ha ido a... —se quedó pensando un momento, ceñuda—; ...a buscar al médico.

Se puso a pasear por la habitación como en un sueño, cogiendo cosas, sosteniéndolas un momento, como si verificase algo, y volviendo a dejarlas. Edward eructó, o quizá fue un gruñido. Ella se detuvo y se quedó inmóvil, escuchando; no le miraba. Luego se acercó al interruptor que había junto a la puerta y, con cuidado, como si fuese una operación inmensamente complicada y necesaria, apagó las luces principales. Aún seguía encendida una lámpara de una mesita baja junto al sofá. Cruzó la habitación y se sentó en una silla mirando a la ventana. Todo tenía el aire de un ritual que hubiese ejecutado ya muchas veces antes. Algo, quizá la luz de la lámpara, el aspecto extraño que tenían las cosas como si fuesen de juguete, los gestos inútiles meticulosamente ejecutados, despertó en mí un recuerdo antiguo de otra habitación en la que yo, un niño pequeño, había jugado con dos primas mientras sobre nuestras cabezas iban y venían pisadas de adultos, apurando con aquel trajín la ceremonia de la agonía de alguien.

—No sé si está lloviendo —murmuró Charlotte. Creo que se le había olvidado que estaba yo allí. Avancé despacio y me coloqué detrás de ella. Su rostro se reflejaba en la ventana negra. Bajé la vista y contemplé la raya pálida e indefensa que separaba su cabello; vi por la abertura de la bata la suave loma de un seno. Cómo podría describirte aquel momento, a la luz de la lámpara, en plena noche, el olor a vómito mezclado con el perfume lechosos de su cabello, y aquella cosa tosca allí sentada, cómica y grotesca, como un artista callejero asesinado, y no había ya mundo alguno en torno nuestro, solo la enorme obscuridad, extendiéndose por todas partes. Todo era posible, todo estaba permitido, como en un sueño demencial. Sentía su calidez contra mis muslos. Contemplaba su reflejo en el cristal; mi rostro tenía que estar allí también para ella.

—Charlotte —dije—, esto no puede seguir, no tienes por qué aguantarlo.

El tono de mi voz era denso, una especie de gemido liso. Cuéntale algo, descríbele un hecho, un fragmento del gran mundo, un piedra coloreada, un trocito de cristal verde nebuloso. Los jóvenes de la tribu ipo de la cuenca del Amazonas se prometen con los recortes de uñas de sus ancestros. Oh, Dios. Empezaban a mordisquearme las primeras llamas del pánico.

—Escucha —dije—, escucha, te daré mi dirección, mi número de teléfono, para que si alguna vez quieres... si alguna vez necesitas...

Le puse las manos en los hombros y recorrió mis nervios una conmoción ardiente, como si no estuviese tocando ropa, carne y hueso, sino las terminaciones de su mismo ser, y «Charlotte», murmuré, «¡Oh, Charlotte!». Y sentí en la garganta un coágulo denso, como un corazón, y lágrimas en los

ojos, y empezaron a retumbar los tambores igo, y por todo el bosque tropical chillaban aves exóticas de pico amarillo y ojillos negros y brillantes.

Se agitó y alzó hacia mí su rostro, pestañeando.

—Perdona —dijo—, no estaba escuchando. ¿Qué decías?

Oímos volver el coche. Nada del muro de la muerte. El médico era un viejo malhumorado, aún llevaba el pijama puesto, y un impermeable por los hombros. Me miró irritado como si todo fuera culpa mía.

—¿Dónde está? ¿Cómo? ¿Por qué demonios no le habéis metido en la cama?

Áspero, bueno con los niños, a las viejas debía caérseles la baba con él. Se arrodilló, gruñendo, tomó el pulso a Edward.

—¿Dónde estuvo bebiendo?

Charlotte empezó a llorar ensimismada.

—En el pueblo, probablemente —dijo Otilie; estaba de pie, con las manos a la espalda, apoyada en la puerta, los ojos hinchados, cerrados. Michael estaba sentado en las escaleras, observando por entre los barrotes de la barandilla. ¿Llevaría allí rato y habría oído cómo me declaraba a la pobre y absorta Charlotte?

El médico y yo, con ayuda de Otilie, alzamos a Edward y lo subimos por las escaleras. Abrió los ojos un momento y dijo algo. Era horrible aquel olor, aquella sensación de inercia.

—Dejadle dormir —dijo el médico—, no se puede hacer nada.

Se volvió a Charlotte, que observaba desde la puerta.

—Y usted, señora Lawless, ¿se encuentra bien?, ¿toma las pastillas?

Ella seguía mirando hacia la cabeza de Edward hundida en la almohada. Asintió despacio, como una niña.

—Ahora procure dormir.

Nos miró luego a Otilie y a mí con una timidez inexplicable... Dios mío, ¿estaba él también enamorado de Charlotte?

—No le pasará nada ya. Volveré por la mañana.

Otilie y yo le acompañamos hasta la puerta. La noche entró en la casa, con olor a humedad y al mar lejano.

—¿Quieres que le lleve yo? —dije.

Pero Otilie me sorteó y salió a la escalera.

—Yo le llevaré.

—Habrás que vigilarle —dijo el médico, lanzándome una mirada ceñuda especial—. Se irá abajo deprisa, después de esto.

Cuando ella volvió, se filtraba en el huerto la claridad gaseosa del alba. Salí a recibirla. Me había quedado en la ventana esperándola, atento a cualquier ruido de arriba, con miedo a irme, pero temeroso de que ella volviese y me encontrase dentro de la casa, me atrapase, me hiciese tomar té y hablar del sentido de la vida. Seguía juzgándola erróneamente, incluso en aquella etapa tardía. Subió las escaleras, con los brazos cruzados contra el frío, y se detuvo, sin mirarme, balanceando la llave del coche. Le hice una pregunta sobre el médico, por decir algo.

—Viejo farsante —dijo, hosca, distante.

—¿Eh?

Estábamos recelosos los dos, como desconocidos atrapados por un chaparrón en la entrada de una tienda. Cruzó el césped una gaviota contoneándose, dejando en la humedad gris de la hierba verdes huellas sagitales.

—Dándole eso.

Esperó; me tocaba a mí.

—Dándole ¿qué? —me sentí como el actor serio de un número cómico.

—Valium, seconal, no sé, drogas de esas. Lleva seis meses así, es como un zombi... ¿no te diste cuenta? —con una pizca de menosprecio.

—Bueno, me chocaba —dije—, sí.

Choque es la palabra exacta. Crecía entre los árboles un resplandor rojo sangre. Sentí... no sé. Tenía frío, y notaba un gusto a ceniza en la boca. Algo había terminado, con un estruendo enorme y leve.

—En los países del norte llaman a este momento la hora del lobo —dije.

¡Un hecho! Lástima que Charlotte no estuviese allí para oírme, dominar el truco, al fin.

—¿Qué es lo que tiene?

—¿Edward? —me miró entonces, burlona, compasiva; dijo—: ¿De verdad no lo sabías todo este tiempo?

—¿Por qué no me lo dijiste?

Se limitó a sonreír, una especie de mueca, y apartó la vista; sí, una pregunta tonta. Me sentí unos instantes como un niño, apretando la cara contra el cristal frío y duro del conocimiento adulto. *Ella* era la adulta. Me encogí de hombros y bajé las escaleras. La gaviota alzó el vuelo y se fue, esparciendo por el aire gritos lloriqueantes.

**N**o queda mucho que contar. Esa misma mañana empaqueté lo que podía llevar conmigo y cerré la casa del guarda. Dejé la llave en un sobre clavado en la puerta. Pensé escribir una nota, pero ¿a quién habría escrito, y qué? Me paré a la entrada, temeroso de que me viera Otilie y viniera detrás (no podría haberlo soportado), y eché un último vistazo a la casa, a los sicómoros, a aquel montante de abanico roto que nunca arreglarían. Michael andaba por allí. También él había crecido, se percibían ya los contornos de lo que sería algún día en su comportamiento, frío, silencioso, inviolablemente reservado. No era ya un cupido. Ahora le habría ido bien no una flecha y un arco dorados, sino una espada llameante. Le saludé con un gesto titubeante pero fingió no verme. Bajé por la cuesta hacia el pueblo. Brillaba el sol, pero demasiado; llovería pronto. Las hojas cambiaban de color. ¡Adiós, campos felices!

Subía por la cuesta un coche bajo y alargado. Casi me echo a reír: eran los Mittler. ¿Había alzado Bunny su naricilla al viento y había captado aroma de desastre? Quizá los hubiese llamado Charlotte. ¿Qué sabía yo? Se cruzaron conmigo con un bocinazo ronco, mirándome a través del cristal ahumado, los cuatro, como maniqués. Bunny se fijó en mi bolsa. Antes de que me pasaran se había vuelto a su marido, moviendo la boca ávidamente.

En el tren viajé en un espejo. Allí estaba todo, la parte de atrás de las casas, las cañerías, una nube fuera en la bahía, exactamente igual que la primera vez, solo que en orden inverso. Me encontré en el coche comedor al señor Prunty: la vida insiste siempre en atar cabos sueltos. Recordaba mi cara, pero no dónde la había visto.

—En Ferns, claro —exclamó—. ¡Fue allí!

Y me clavó un dedo en el pecho. Me complació. Me parecía adecuado en cierto modo: impresionante pero inconsecuente y levemente absurdo. Habló de Edward en un susurro, moviendo la cabeza.

—Lo tiene en la tripa, creo, pobre tipo... ¿lo sabía usted?

—Sí —dije—, claro.

Me esperaban dos cartas en el piso, una citándome para una entrevista en Cambridge, la otra ofreciéndome este puesto aquí. El contrato es solo por un

año. ¿Fue una locura venir? El entorno es agradable. No hay nada que pueda echar de menos, salvo, pero no, nada. La primavera en esta parte del mundo es una estación feroz y un poco loca. De noche oigo cómo desemboca el hielo en la bahía, un gruñido y un tamborileo hondo, tremendo, como si estuviese naciendo allí algo enorme. Y he oído también asambleas de lobos, lejos, en las extensiones heladas, aullando como orquestas. El paisaje, si es que puede llamársele así, posee una belleza extraña y desvaída, que coincide bastante con mi gusto actual. En la tundra surgen florecillas, leves y pálidas como almas de muchachas muertas. Y he visto las auroras.

Ottillie escribe todas las semanas. Me doy cuenta de pronto que estoy esperando que aparezca el cartero jadeando en las escaleras. Ella me contó una vez, en Ferns, que cuando estaba separada de mí sentía como si le faltase un brazo... pero yo parezco ahora agobiado por el peso de un miembro extra, una cosa grande y torpe, no sé qué hacer con ella, dónde ponerla, y no me deja dormir de noche; ella me mandó una foto. Se la ve sentada en un árbol caído, bajo la luz de un sol de invierno. Tiene la mirada firme, está seria, las manos sobre las rodillas; se ve el perfil de un muslo que es inimitablemente suyo. Hay algo aquí, en esta postura, esta mirada cándida y tierna al mismo tiempo, que yo no percibí cuando estaba con ella; creo que es la sensación de su ajenidad básica, que resulta punzante y valiosa porque parece como si la ofreciese para que la custodie yo. Ahora está en Dublín. Abandonó su proyecto de ir a la universidad y trabaja en una tienda. Cree que su vida está *solo empezando*.

De todas las fotos mentales que tengo de ella elijo una. Una noche de verano, una de aquellas noches blancas de julio. Habíamos estado bebiendo, se levantó a orinar. El retrete no funcionaba, como tantas veces, y había traído del garaje, para incorporarlo a sus otros tesoros, un recipiente de porcelana con muchos adornos que ella llamaba pintorescamente el puchero alegre. La contemplé allí acucillada, en el crepúsculo, los codos en las rodillas, una mano en el pelo, los ojos cerrados, interpretando una música de cámara tintineante. Sin abrir los ojos aún volvió tambaleante a la cama y se arrodilló y me besó, cuchicheándome al oído. Lugo se echó otra vez, su cabello por todas partes, y suspiró y se quedó dormida, rechinando los dientes un poquito. No es un gran cuadro, ¿verdad?, pero ella está *en él*, imborrable, y lo atesoro.

Está embarazada. Sí, el final más vulgar de todos, y sin embargo el que yo menos esperaba. Un momento, eso no es verdad. Tengo que hacer una confesión. Aquella última noche que estuve en la cama con ella, cuando

lloraba en mis brazos; te dije que se quedó dormida inmediatamente, pero mentí. No pude resistir su desnudez empapada de lágrimas, las convulsiones apasionadas de su llanto. Dios me perdone. Creo que fue entonces cuando concibió: ella lo cree también. ¿Más sentimentalismo, más autoengaño? Probablemente. Pero al menos este engaño tiene una base cierta: el niño está ahí. La idea de esta vida desconocida, secreta en su mar cálido, provoca en mí el deseo de vivir... de vivir eternamente, quiero decir, en caso necesario. Ahora el futuro tiene la misma resonancia que tuvo para mí en tiempos el pasado. También estoy embarazado yo, en cierta manera. Aflora en mi corazón una existencia superflua.

Me proponía explicarte, Clío, y explicarme a mí, por qué había ahogado mi libro. ¿Has comprendido? Hay tantas cosas inexpresables, todas las importantes. Pasé un verano en el campo, me acosté con una mujer y creí que estaba enamorado de otra; ensoñé un drama horrible y no fui capaz de ver la vulgar tragedia que sucedía en la vida real. Preguntarás: ¿qué relación hay entre todo eso y el abandono de un libro? No lo sé, o al menos no soy capaz de explicarlo con estas palabras. Fui como un hombre que vive bajo tierra y al salir al aire le deslumbra la luz y no puede encontrar otra vez el camino de vuelta a su agujero. Vago de un lado a otro por el terreno familiar, murmurando. Estoy perdido.

Edward sobrevivió al invierno. Está muy débil, no puede levantarse de la cama: *No le conocerías*, dice ella. Como si le hubiese conocido alguna vez. Recuerdo que un día intentó hablarme de la muerte. Oh, no directamente, por supuesto. No soy capaz de recordar lo que dijo, las palabras que empleó. El tema era el campo, la agricultura, algo intrascendente. Pero de lo que hablaba, me imagino, era de la sensación de unidad que tenía con todas aquellas cosas bobas e insignificantes, un caballo, un árbol, una casa, esas cosas que sobrellevan sus vidas en silencio y en resignado desconcierto y mueren en el anonimato. Ojalá pudiese haberle erigido un monumento mejor del que le he erigido en todas estas páginas; pero tenía que mostrarte lo que pensaba de él *entonces*, cómo me comporté, para que pudieses percibir la crueldad de mi conducta, la ceguera obstinada.

A Charlotte no la menciona siquiera. Era de esperar, sin duda. Cavilo sobre ciertas palabras, esos símbolos. *Súcubo*, por ejemplo.

¿Qué voy a hacer? ¿Buscar esa fisura en las rocas, volver a meterme en aquella tumba amplia y cómoda? Espero que no. ¿Empezar de nuevo, entonces, aprender a vivir allá arriba, en la luz? Hay algo que se mueve bajo el hielo. Oh, no estoy desesperado, ni mucho menos. Siento a mi alrededor la primavera, su transcendencia, su poder despreocupado. En estas extensiones congeladas florecen las emociones. Me paro a veces, contemplando una colina blanca con la porcelana tierna del cielo detrás, y siento una sensación tal de... de algo, no sé. En esa pantalla blanca aparecen cosas de todo tipo: la casa, un castaño, una ventana oscura en la que se refleja un rostro. Oh, y otras cosas, demasiadas para que pueda mencionarlas. Esas funciones privadas parecen una invitación. Vuelve a Ferns, e instálate, monta tu casa, ejecuta un gran plan, con Otilie, con la pobre Charlotte, con los dos niños (pues tengo la sensación de que será un niño, tiene que serlo), conviértete en dueño de un semillero y viste pantalones de *tweed*, habla del tiempo, pásate con una paja en la boca... Imposible. De todas maneras, *debo* volver. Y al final, lo pienso justo en este momento, al final, por supuesto, volveré al libro y lo terminaré: una renuncia como esa no es de este mundo. Siento recelos sin embargo. ¿Tendré que irme de nuevo, dejando mi investigación, mi libro y todo lo demás sin terminar? ¿Despertaré al cabo de unos meses, de unos años, hundido y engañado, en medio de otras nuevas ruinas?

*Dublín-Iowa-Dublín*

*Verano del 79 - Primavera del 81*

#### *Nota*

*La «segunda» carta de Newton a John Locke es una invención: el tono de la misma y parte de su texto están tomados de Ein Brief («La carta de Lord Chandos») de Hugo von Hofmannsthal.*



JOHN BANVILLE (Wexford el 8 de diciembre de 1945). Es un novelista irlandés. Escribe también novela negra bajo el seudónimo de Benjamin Black.

## Notas

[1] He sabido después que esta suposición es errónea; ver Polkoski, F. X. *Interface Tribal Situations in Southeast Ireland: a structuralist study* (MIT. 1980). (N. del A.). <<